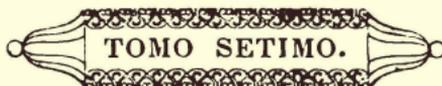


AMALIA.

POR

JOSÉ MARIANO.

SEGUNDA EDICION.



BUENOS AIRES.

IMPRESA AMERICANA, STA. CLARA NUM. 62.

1866.

AMALIA.

PARTE QUINTA.

CAPITULO I.

Setiembre.



L primer dia de Setiembre de 1840 se estendió sobre el cielo de Buenos Aires, oscuro, triste, cargado de vapores, como si en su aparicion, ese

fatal mes, quisiera ofrecerse á los ojos de los mortales, tal como se ofreceria en la posteridad al es-

tudio del historiador: triste, sombrío, cargado de errores y preñado de la tormenta de sangre que debía estrellarse, romperse, y diluviar sobre la frente argentina.

Todo era fatídico.

El Ejército Libertador había pasado cerca de un mes en pequeñas operaciones, marchando lentamente, tratando de conquistar con buenas proclamas y acciones de induljencia, unas simpatías que no era posible hallar en la campaña, en el número en que las buscaba el jeneral Lavalle para vencer á Rosas.

El jeneral Lopez, de Santa Fé, empezaba á obrar á retaguardia del ejército.

D. Vicente Gonzalez, y otros jefes de Rosas, por el flanco derecho.

Y á su frente el dictador se atrincheraba en su acampamento de Santos Lugares. Y débil en los primeros dias de la invasion, se hacia fuerte, moral y materialmente, por la lentitud de su enemigo.

La vista se dilatava en todos los horizontes tormentosos de la República. Pero el rayo que debía herir la cabeza de la libertad ó de la tiranía,

no fermentaba en círculos tan lejanos, sino entre las nubes que se cernían sobre el espacio de Lujan á Buenos Aires.

El jeneral Paz contaba ya en Corrientes un ejército de dos mil hombres, que disciplinaba con su pericia y habilidad exclusivas.

El Gobernador Ferré juraba “sepultarse en las ruinas de su provincia antes que consentirla esclava.”

Las provincias de Córdoba, de San Luis y San Juan, se inclinaban á entrar en la gran Liga, y se negaban ya á dar al fraile Aldao los auxilios que solicitaba.

El jeneral La-Madrid pisaba ya el territorio de Córdoba.

Aldao escribía á Rosas, con fecha 8 de Agosto, desconfiando de todo el mundo, “hasta de su sombra.”

Pero qué importaba todo esto?

El gran problema estaba en Buenos Aires.

El triunfo, ó la derrota jeneral estaban pendientes del resultado de la espedicion libertadora, en la provincia de Buenos Aires.

Ante ese reto á muerte, de los dos principios, de

las dos espadas, en el estrecho palenque de Buenos Aires, la actitud de las provincias, cualquiera que fuese, y hasta la misma cuestion francesa, eran ya cosas secundarias é indiferentes para el resultado del duelo.

Lavalle y Rosas representaban los dos principios opuestos de la revolucion.

Ya estaban frente á frente.

Su voz se oía.

Sus armas se tocaban. Y el que cayese, debia arrastrar en su caida toda su causa con todas sus ramificaciones, mas ó menos estensas que ellas fuesen.

Y ante esta verdad, que los sucesos debian justificar mas tarde, desgraciadamente, el jénio de la política y de la guerra se manifestó rebelde, y se negó á inspirar en la cabeza del Cruzado, la idea de que el mundo no tenia mas límites para la libertad arjentina, que los que marca el plano de la ciudad de Buenos Aires. Spartacus mató su caballo antes de entrar á la batalla. Cortéz quemó sus naves. Lavalle debió deshacerse de naves y caballo.

Pero no fué así.

Rozándose con Rosas, todavía se pensaba en las provincias, todavía se pensaba en la Francia; sin calcular que si Lavalle retrocedía, Rosas se levantaba más alto que la cuestión francesa y la liga provinciana; sin calcular que si Buenos Aires era tomado, ya no había punto de apoyo al edificio de la tiranía en la República, ni trepidaciones en la cuestión internacional.

Entretanto, la pluma del romancista se resiste, dejando al historiador esta tristísima tarea, á describir la situación de Buenos Aires, al comenzar los primeros días de Setiembre.

A medida que pasaban las horas, se iba enervando la impresión del miedo que causó á los rosistas la súbita aparición de las armas libertadoras en la provincia. Y por un exceso brutal de cobardía, y de cuanto puede haber de infame en la historia de un partido político, ó de los instrumentos de un jefe de partido, la mujer comenzó á ser el blanco del encarnizamiento de bandas de forajidos, bautizados con el nombre de federales.

Sin disputa, sin duda histórica, la mujer porteña había desplegado, durante esos fatales tiempos del terror, un valor moral, una firmeza y dignidad

de carácter, y, puede decirse, una altanería y una audacia tal, que los hombres estaban muy lejos de ostentar, y que servia de punzante reproche á las damas ecsaltadas de la federacion, y á los hombres corrompidos sobre que se apoyaba la santa causa.

La linda cabeza de las gaditanas de la América, paseaba alta, erguida; les parecia tan bien colocada sobre sus hombros, que creian ofenderla doblándola un poco al pasar por medio de los magnetes de la época. Y el vestido modesto de la patriota, parecia plegarse y contraerse por sí mismo al ir á rozarse con la crujiente y deslumbrante seda de la opulenta federal.

Sus cabellos, trono en otro tiempo de la flor-del-aire, se revelaban al repugnante moño de la federacion; y apenas la punta de una pequeña cinta rosa, se descubria entre sus rizos, ó bajo las flores de su sombrero.

Todo esto era un crimen. Y la misma moral que asi lo clasificaba, debia inventar un castigo propio de ella, propio de sus jueces, propio de los verdugos.

Bandas de ellos, de distintas jerarquías y condi-

ciones, empezaron á apostarse en las puertas de los templos, llevando cántaros con brea derretida, y moños de coco punzó.

Estos trapos eran untados de brea, y á cuantas jóvenes salían del templo sin la gran mancha de la federación en la cabeza, tomábanla brutalmente de la cintura, la arrastraban en medio de ellos, y sobre la cabeza linda y casta, pegaban el parche embreado y la empujaban luego, entre algazara y risas federales; pues tenemos en todo que valernos de esta expresión que no caía de los labios, en la época que describimos.

A las puertas del Colejio tiene lugar una de esas escenas á las once del día.

Una niña salía con su madre; y es arrebatada por algunos de los que allí esperaban á las Señoras.

La joven comprende lo que se quiere hacer de ella; y en el acto se quita el chal que cubría su cabeza, y la presenta á las manos de sus profanadores.

La madre que estaba contenida por otros, grita desesperada:

—Ya no hay un hombre en Buenos Aires para proteger á las Señoras.

—No mamá,—dice la jóven con la palidez de la muerte en su semblante, pero con una sonrisa del mas profundísimo desprecio,—no mamá, los hombres están en la Guardia de Lujan, donde está mi hermano. Aquí no hemos quedado, sino las mujeres y los tigres.

La comunidad de la mashorca; la jente del mercado, y sobre todo las negras y las mulatas que se habian dado ya carta de independendencia absoluta para defender mejor su madre causa, comenzaban á pasear en grandes bandas la ciudad, y la clausura de las familias empezó á hacerse un hecho.

Empezó á temerse el salir á la vecindad.

Los barrios céntricos de la ciudad, eran los mas atravesados en todas direcciones por aquellas bandas; y las confiterias, especialmente, eran el punto tácito de reunion.

Allí se bebia y no se pagaba, porque los brindis que oía el confitero, era demasiado honor y demasiado precio por su vino.

Los cafées eran invadidos desde las cuatro de la tarde. Y ¡ay! de aquel que se presentase en ellos con su barba cerrada ó su cabello partido.

Un nuevo modo de afeitar, que no conoció Fíguro, se empleaba con él en menos de un minuto.

El cuchillo de la Mashorca, que mas tarde debia servir de sierra en la garganta humana, hizo su aprendizaje como navaja de barba y tijeras de peluquería.

El último crepúsculo de la tarde no se habia apagado en los bordes del horizonte, cuando la ciudad era un desierto: todo el mundo en su casa; la atencion pendiente del menor ruido; las miradas cambiándose; el corazon latiendo.

Lavalle.

Rosas.

La Mazhorca.

Eran ideas que cruzaban, como relámpagos súbitos del miedo, ó la esperanza, en la imaginacion de todos.

¡ Ay, de la madre que tenia un hijo fuera de su casa !

¡ Ay de la amada que esperaba á su amante !

Un golpe en la puerta de calle, y todos se precipitaban á las interiores.

El corazon queria adivinar.

La imaginacion lo estraviaba.

La realidad arrancaba un suspiro y una sonrisa.

Era un momento de calma, de transición, á otro momento de inquietud, de zozobra, de miedo que debía durar toda la noche, todo el siguiente día, y días y semanas todavía.

De qué han sido las familias de Buenos Aires? Cómo se ha podido vivir en esta agonía latente; sin que esos espasmos de la sangre, sin que esas contracciones del alma y las arterias [no consumieran la vida, y no arrastrasen á la demencia ó al suicidio?

El sueño. Pero ni el sueño era permitido siquiera. Los serenos debían venir cada media hora á despertar á las jentes con un grito de muerte.

No. Ni Roma bajo los emperadores militares.

Ni antes en los excesos de sus mas brutales tiranos.

Ni en la historia moderna, la Inglaterra durante sus despotismos relijiosos. La Francia durante sus reinados criminales; la España durante la hoguera, ofrecen el cuadro de una sociedad entera en la horrible situación de Buenos Aires, en los meses que describimos, en 1840.

Los tiranos en todas partes han perseguido un partido, una idea. Pero en ninguna han perseguido á la sociedad, con una pequeñísima parte de la sociedad misma.

Las proscriciones pegadas en la puerta del Senado Romano, hacian saber siquiera, quienes eran los que estaban bajo el anatema del ódio ó la venganza.

Pero en Buenos Aires ninguno era señalado, y todos estaban bajo el anatema.

La hoguera inglesa no hizo menos estrago que la española. Pero cada hombre sabia, en las creencias relijiosas que profesaba, cual era el destino que le cabia.

En Buenos Aires no habia mas medio de poder conocer ese destino; no habia otro camino que condujese á la seguridad personal, que convertirse en asesino, para libertarse de ser víctima. Y no se crea que la palabra asesino es empleada como un concepto hiperbólico; sino que materialmente era preciso asociarse á lo mas corrompido de la Mashorca, y tener el cuchillo en la mano, matando ó pronto para matar.

En todas partes la adhesion moral á la causa del

poder, por mas brutal y tiránico que fuese, ha sido, naturalmente, una salvaguardia.

En Buenos Aires, no.

El antiguo federalista de principios, siempre que fuese honrado y moderado; el extranjero mismo que no era, ni unitario, ni federal; el hombre pacífico y laborioso que no habia sentido jamás una opinion política; la mujer, el jóven, el adolescente, puede decirse, todos, todos, todos estaban envueltos, estaban comprendidos en la misma sentencia universal: ó ser facinerosos ó ser víctimas.





CAPITULO II.

Santos Lugares.



AS primeras luces del alba se dibujaban sobre el Oriente, y la vista se fatigaba por definir los objetos informes, que, aquí y allá, se le ofrecían en grandes grupos, en el acampamento de Santos Lugares.

Eran centenares de carretas.

Montes de tierra á orillas de las zanjas que se habian abierto.

Cañones de batería.

Cerros de balas.

Cientos de carpas formadas de cueros, y esparramadas en el mayor desórden.

Caballadas, armas, soldados, mujeres, galeras, todo confundido y en el mas completo desarreglo.

Y el toque de diana en los batallones; la corneta de la caballería; la algazára del cuerpo de indios; la gritería de las negras, el movimiento de los caballos; el grito del gaucho enlazándolos, todo á la vez venia á formar un ruido indefinible, para que el oído, como la vista, se intrigase tambien.

El cuartel jeneral estaba hácia el extremo derecho del acampamento, en un grande rancho, que sin embargo no hospedaba de noche al jeneral en jefe.

Donde dormia Rosas? En el cuartel jeneral tenia su cama; pero allí no dormia.

En la alta noche se le veía llegar al acampamento, y el héroe popular hacia tender su recado cerca de sus leales defensores.

Allí se le veía echarse; pero media hora despues, ya no estaba allí.

Donde estaba? con el poncho y la gorra de su asistente tendido en cualquiera otra parte, donde nadie lo hallára ni lo conociera.

En el momento en que estamos, se desmontaba en el cuartel jeneral, á cuya puerta tomaba mate multitud de jefes, oficiales y paisanos confundidos.

Aquel hombre, de una naturaleza de bronce, que acababa de pasar la noche con las mismas comodidades que su caballo, ó mas bien, con menos comodidades que el animal, llegaba sin embargo, fresco, lozano y fuerte como si saliese de un colchon de plumas y de un baño de leche.

La espresion de su semblante era adusta y siniestra como las pasiones que ajitaban su álma.

De poncho, con una gorra de oficial, y sin espada, ni insignia alguna, pasó por medio á su corte, ó su estado mayor, ó lo que fuese, sin dignarse echarle una mirada.

Una gran mesa de pino estaba colocada en medio del rancho, y cubierta casi toda ella de papeles manuscritos é impresos.

Véíanse allí tres oficiales de secretaria, pálidos, ojerosos, en un profundísimo silencio, y sin hacer nada; y al jeneral Corvalan con un grueso pa-

quete de pliegos cerrados, en la mano, entretenién-dose en leer y releer los sobres de ellos.

Paráronse todos á la entrada de Rosas. Este quitóse su gorra y su poncho, tirólos sobre el catre, y comenzó á pasearse á lo largo de la habitacion; mientras los escribientes y el edecan, á quienes no habia saludado, permanecian de pié junto á las sillas que un momento antes ocupaban.

Inmediatamente apareció un soldado, y paróse en la puerta, con un mate en la mano. Ahí quedó clavado.

Rosas continuaba sus paseos.

Al volver de uno de ellos, estiró el brazo, cogió el mate, tomó dos ó tres tragos, sin moverse, volviólo al soldado, y siguió sus paseos.

El soldado quedó en su mismo lugar con el mate en la mano.

Al cabo de dos ó tres minutos volvióse á repetir la misma escena; hasta que habiendo sonado el aire entre la bombilla, el autómeta salió á renovar el agua.

Y los secretarios y el edecan permanecian parados.

Y Rosas continuaba sus paseos.

Y el cebador del mate iba y venia.

Y esta pantomima duró por tres largos cuartos de hora, cuando menos.

En uno de esos paseos, paróse de repente junto á la mesa, y dijo, con una cara muy alegre, á los escribientes, y como si recién reparáse en ellos:

—Siéntense, no mas.

Los escribientes se sentaron.

Luego, volviéndose á Corvalan, preguntóle como admirado:

—Que habia estado ahí?

—Sí, Excelentísimo Señor.

—Cuando vino?

—Hará como una hora.

—Qué ha ocurrido en la ciudad?

—Nada absolutamente, Excelentísimo Señor.

—Están alegres?

—Sí, Señor.

—Y Victorica como está?

—Anoche lo he visto, está muy bueno, Excelentísimo Señor.

—Cuando lo vea dele memorias. Como ayer no ha venido en todo el dia, creia que se habia

muerto el gallego. Y á Don Felipe lo ha visto?

—Sí, Excelentísimo Señor.

Y Rosas soltó una estrepitosa carcajada.

—Qué miedo tendrá el Gobernador delegado! conque no hay nada?

—Hace dos horas que han llegado por agua estas comunicaciones.

—A ver, traiga.

Rosas tomó los pliegos; los abrió, y luego de leer las firmas, se los tiró á uno de los escribientes.

—Lea,—le dijo, y volvió á pasearse.

El escribiente leyó:

“Señor Don Juan Manuel de Rosas.

“Campamento general, Ambril, llanos de la Rioja,
Agosto 8 de 1840.

“Mi apreciado gobernador y general.

“El 5 del corriente á las 4 de la tarde arribó á este destino Don Lucas Llanos con su apreciable correspondencia del 2 y 18 del pasado; por ella

quedo impuesto que usted se ha dignado acceder á las indicaciones de mi carta de 30 de junio sobre el vestuario, sables &ca. cuya remision se activará desde Córdoba por el jeneral Aleman, que con motivo de ir por unos dias á repararse de una enfermedad que le molesta”

—Bueno; que se muera; y que se muera el fraile tambien, ¿no es esa la del fraile Aldao?

—Sí, Excelentísimo Señor.

—Estráctela luego. A ver; lea otra. Cual es esa?

—Del comandante Don Vicente Gonzalez. “Da cuenta de las marchas de

—No le pregunto de qué da cuenta. Lea.

—“Da cuenta de las marchas que ha hecho el cabecilla Lavalle en los dias 30 y 31 de Agosto : 1.º y 2 de Setiembre.

—A ver; lea las marchas.

—Dia 30.

—De qué?

—De Agosto, dice antes,—contestó el escribiente tartamudeando.

—Pero ahí tambien debia decirlo. A ver, póngale una nota á este viejo bruto,—dijo Rosas

á otro de los escribientes;—diciéndole que otra vez ponga con mas claridad las marchas del ejército de los salvajes unitarios.

—Le digo que escriba las fechas de las marchas?

—Váyase á un cuerno; escriba lo que le digo. Siga usted.

El primer escribiente continuó :

—“Dia 30; como á las ocho y media de la mañana carneó el ejército de los inmundos salvajes unitarios, y luego marchó hácia la Villa de Lujan y campó cerca del pueblo, á las cinco y media de la tarde, en la Quinta de Marcó.

“Dia 31; el cabecilla Lavalle ha dejado en la Villa de Lujan varias carretas y parte de la artillería, y lleva solo dos obuses y dos piezas lijeras. En este dia el cabecilla ha tenido junta de jefes y oficiales. No se sabe para qué.

“Dia 1.º; el cabecilla permanece en el mismo lugar. Han salido dos escuadrones, el uno hácia la Capilla del Señor, y el otro con direccion á Zárate.

“Dia 2; á las nueve de la mañana se puso en marcha el ejército de los salvajes unitarios.

“A una legua hicieron alto.

“A las doce volvieron á marchar los asquerosos unitarios.

“A la una y media hicieron alto.

“A las dos de la tarde volvieron á marchar.

“A las tres hizo alto todo el ejército.

“A las cuatro continuaron la marcha, y á las cinco y media pasaron el arroyo de la Chosa.

“A las seis camparon en los dos puestos de Ramirez, con cuyos ranchos hicieron fuego los salvajes unitarios.”

—No hay mas,—dijo el escribiente.

—Pasado mañana pueden estar en Merlo; mañana tambien,—dijo Rosas y empezó á pasearse mas precipitadamente por el cuarto.

—Qué dice esa comunicacion de Lopez?—preguntó parándose de repente, y despues de un largo rato de silencio.

—Que marcha sobre San Pedro.

El cebador de mate volvió á aparecer en la puerta del rancho.

—No hay una carta sin firma ahí?

—Sí, Excelentísimo Señor.

—A ver léala toda.

El escribiente leyó:

“Montevideo, 1.º de Setiembre de 1840.

“Excelentísimo Señor.

“Despues de mi carta de antiyer no hay mas novedad sino la que ha traído ayer un buque de guerra ingles, que ha llegado del Janeiro, sobre la venida de un nuevo almirante francés, mandando la espedicion que debe venir en auxilio de los traidores y desnaturalizados unitarios, que venderian su patria al extranjero, si no fuera el brazo poderoso de V. E. que la está defendiendo solo contra tantos.

“Aquí los salvajes unitarios siguen en la mas completa anarquia.

“Unos hablan pestes de Lavalle porque no avanza tan pronto como quisieran. Otros.....

—Vea qué bulla es esa, Corvalan. No; espérese. Anda á ver,—dijo Rosas al soldado del mate; porque en efecto se sentia cierta algazara en el campo.

El soldado salió y los escribientes y Corvalan quedaron en perplejidad.

—Siga no mas,—dijo Rosas al escribiente.

Este prosiguió :

“Unos hablan pestes de Lavalle.....

—Ya leyó eso, no sea bruto.

El lector se puso pálido como la cera, y prosiguió :

“Otros gritan que no debe seguir adelante hasta, que.....

—Qué hay?—preguntó Rosas al soldado que entraba, mientras el escribiente rayaba con la uña la dición en que habia quedado pendiente la lectura.

—Nada, Señor.

—Como nada?

—Es uno que vende dulces, y los compañeros dicen que es espía de Lavalle.

—Ha de ser, pues. De dónde viene?

—No sé, Señor; pero ha de ser de por ahí no mas.

—Bueno, á los compañeros que hagan lo que quieran.

El soldado salió. Y Rosas hizo señas al escribiente para que continuase su lectura.

Prosiguió :

“haya sublevado en su favor todas las simpa-

tias del pais. Y el cabecilla Lavalle debe estar sin saber qué hacer porque cada uno lo aconseja de distinto modo. Por lo que hace á Rivera. . . .

El lector se paró de súbito á los horribles gritos, á los ayes que transian el álma y que se exhalaban á pocos pasos de allí, de Rosas: era que estaban degollando al vendedor de dulces, entre la grita y alegría salvaje de los soldados y la chusma, al ver la sangre y las agonías de la víctima.

Este infeliz se llamaba Antonio Fragueiro Calviño. Era viejo de sesenta y tantos años, y vendedor de masas por profesion, y que habia ido ese dia á Santos Lugares, á hacer comercio con su cajon de dulces, arrastrado fatalmente por su destino.

—Siga, pues,—dijo Rosas con la mayor flema.

“Por lo que hace á Rivera no les ha de dar el mínimo auxilio, pues está deseando que se pierdan todos, no porque el pardejon no sea tan unitario como ellos, sino porque todos viven así en la mas completa anarquía.

“Todos los dias llegan fugados de esa. Me consta que la mayor parte se embarca por la costa

de San Isidro en balleneras francesas que van á buscarlos; y me parece que ese punto es el que debe ser mas vijilado.

“Mañana volveré á escribir á V uecelencia como lo hago en todas las ocasiones que me es posible.

“La letra de cien onzas me fué paga á la vista.

“Quedo haciendo votos por el triunfo de V uecelencia.”

—No hay mas.

—Mire,—dijo Rosas dirijiéndose á Corvalan,—usted se va á la ciudad ¿no?

—Como V uecelencia lo ordene.

—Tiene qué hacer. Busque á Cuitiño y díga-le que me han escrito de Montevideo que está dejando escapar por plata á los unitarios que se embarcan por la costa de San Isidro; que yo no lo creo, pero que no deje que los salvajes unitarios le estén sacando el cuero de ese modo; y que yo he de ir una noche de estas á pasear por la costa.

—Muy bien, Excelentísimo Señor.

—Y cuente á los amigos, y á él tambien, todo lo que ha visto y oido por aquí. ¿Me entiende?

—Sí, Excelentísimo Señor.

—No está Maza ahí en la puerta?—preguntó Rosas al soldado que estaba con el mate, en que, de cuando en cuando, tomaba Rosas algunos tragos.

—Ahí está,—respondió aquel.

—Que venga.

Un instante despues apareció Mariano Maza, jefe de un cuerpo llamado de la Marina; hombre que mas tarde debia jugar un sangriento y repugnante papel en las guerras de Rosas.

Era entonces como de treinta y cinco años, de estatura regular, rubio y de una fisonomía gatuna y siniestra, donde estaban dibujados francamente los instintos del mal y del vicio.

Presentóse con su gorra militar en la mano, delante del que tenia en su frente, tibias y en relieve, las manchas de sangre de su tío y de su primo hermano.

Rosas lo miró sin dignarse saludarlo, y le preguntó:

—No están en su cuartel unos que trajeron ayer?

—Sí, Excelentísimo Señor.

—Cuantos son?

—Son cuatro Excelentísimo, Señor.

—Como se llaman ?

Maza sacó un papel de su bolsillo y leyó :

—José Yera, español.

—Gallego, diga.

José Yera, gallego, y su hijo.

—Estos los mandaron de Lobos, no ?

—Sí, Excelentísimo Señor.

—Y los otros ?

Un tal Velez, cordobés, y Mariano Alvarez, porteño.

—Esos son todos ?

—No han traído mas, Excelentísimo Señor.

—Bueno ; fusílelos.

Maza hizo una profunda reverencia y salió ; mientras que Rosas volvió á sus paseos.

Al cabo de cinco minutos, se paró y dijo :

—Vaya no mas, Corvalan.

El edecan se disponia á salir.

—Ah, lléguese á lo de María Josefa y dígame que haga lo que quiera. Que si son unitarios no le importe de nada.

—Muy bien, Excelentísimo Señor.

—Mire, véase á Mariño y dígame.....

La voz de Rosas y la atencion de todos fué suspendida por la detonacion de dos descargas sucesivas.

Yera y su hijo, Alvarez y Velez acababan de caer asesinados por el plomo de Rosas, como diez minutos antes habia caido Calviño bajo el bárbaro cuchillo federal!

—Dígale, pues, á Mariño,—continuó Rosas con la mas inaudita tranquilidad,—todo lo que hay por aquí; dígame tambien que parece unitario, por que están muy flojos sus artículos.

Esto decia Rosas en los momentos en que la *Gaceta Mercantil* chorreaba sangre, azuzando á los lebreles de la federacion al esterminio de todos los unitarios.

Y Corvalán así cargado de comisiones, cada una envolviendo una muerte ó una desgracia, montó á caballo con menos seguridad que la que su nombre tenia de pasar tristísimamente á la posteridad, si no como un actor de crímenes, porque en efecto no lo fué el jeneral Corvalan, á lo menos como un modelo de sumision y de obediencia pasiva, al tirano á quien sirvió por tantos años.

Pero no bien su caballo habia dado algunos pa-

sos cuando el cebador de mate lo alcanzó, y llamó al edecan de parte de Rosas.

El viejecito se desmontó con trabajo, y tropezando con su espadín, y las charreteras bailándole, volvió á la presencia de Rosas; mientras que el soldado iba á buscar un vaso de agua que habia pedido el dictador.





CAPITULO III.

Un vaso de sangre.



A se iba?

—Yá, Excelentísimo Señor.

—No; espérese. Siéntese.

Corvalan se sentó.

—A ver,—continuó Rosas dirijiéndose á uno de los se-

cretarios;—¿cual es el legajo que trajeron ayer?

—Aquel, Excelentísimo Señor,—contestó el se-

cretario señalando uno inmenso que estaba sobre una silla.

—Desátelo.

—Ya está, Excelentísimo Señor.

—Bueno, saque una clasificacion.

—Cual de ellas, Excelentísimo Señor.

—Empiece por la primera. Búsquela.

El escribiente se puso á recorrer los papeles.

—Aquí está, Excelentísimo Señor.

—Lea.

Y Rosas volvió á sus paseos en la habitacion, mientras que el ordenanza permanecia parado en la puerta con el vaso de agua en la mano.

El secretario leyó lo siguiente: (*)

(*) Entre los curiosos documentos inéditos, que poseemos hoy, del tiempo de la dictadura, se hallan las famosas *clasificaciones*, de que tanto se ha hablado, y que comprenden nueve mil euatrocientos cuarenta y dos individuos; comenzadas en 1835, y concluidas, parece, en 1844.

Quando escribimos la *AMALIA*, en el destierro, nos referimos á ellas, pero, como se comprende, no poseíamos los documentos. Hoy que están en nuestro poder, insertamos en el testo de la obra, que se conservaba inédito, una pequeñísima parte de ellos, para que se vea el orden y la prolijidad de esas tablas.

Buenos Aires, 1855.

CLASIFICACIONES DE 1835.

Número 1.

General D. Juan José Viamont—Enemigo de los Restauradores.

Idem D. Nicolas de Vedia—Sostuvo el gobierno de Balcarce, y proclamó al Pueblo con entusiasmo en contra del Ejército.

Idem D. Tomas Iriarte—Este nunca fué federal; sostuvo con encarnizamiento á Balcarce.

Idem D. Gervasio Espinosa—Este fué federal, y se convirtió enemigo por sostener al gobierno de Balcarce, de quien recibió especiales consideraciones.

Coronel D. Francisco Linch—Desertó del partido federal, y fué agente del Ministro de la Guerra Martinez, en buscar prosélitos que sostuvieron su causa inícuá.

Idem D. Juan Pedro Luna—Desde que regresó del ejército del Sud era un furioso en

hablar con publicidad del General, y de todo individuo que sostenia el partido federal—Solo una administracion tan corrompida como la de aquella época pudo permitir tanta audacia, sin contenerlo—En consecuencia tomó las armas—Ultimamente fué comprendido en la reforma, pasándolo al Estado Mayor inactivo, pero en el momento pidió su licencia absoluta, y se le concedió.

Coronel D. Paulino Rojas—Unitario y lomo negro, está en el estado mayor inactivo.

Teniente Coronel D. Prudencio Torres—Fué unitario empecinado, y despues federal y ultimamente lomo negro.

Idem idem D. Juan José Olleros—Lomo negro empecinado—Está reformado.

Sargento Mayor D. Manuel Torres—Se singularizó en las elecciones de Abril, y ha estado en contra de los federales—Es oriental y pariente de Martinez.

Teniente Coronel de milicias D. Epitacio del Campo—Fué federal y despues lomo negro

empecinado, se singularizó en las elecciones de Abril—Esto le valió para ser Gefe de Policia, en cuyo destino hostilizaba á todos los federales que no eran de su faccion.

D. Juan Manuel Canabery—Lomo negro empecinado—Tenia una proteccion decidida, y en consorcio de D. Epitacio del Campo hacian todos los remates del gobierno, en lo que ganaron gruesas cantidades.

D. Juan José Bosch—Fué federal y se convirtió en lomo negro entusiasmado.

Teniente Coronel D. Manuel Gregorio Mons—Español, lomo negro, y ciego agente del General Espinosa.

Coronel D. Bernardo Castañon—Lomo negro, y espía del gobierno de Balcarce.

Idem D. José Maria Echauri—En todo como el anterior.

Mayor D. Lorenzo Melgar—Lomo negro empecinado, seducia á los paisanos—Salia en todas las guerrillas, hasta que fué inutilizado por un lanzaso.

Mayor D. Casiano Aparicio—Lomo negro empecinado.

D. Federico Obenr—Este, siendo particular y extranjero, andaba con una partida hostilizando á los paisanos en los dias de la revolucion—Fué comisionado por Balcarce para persuadir al General Insquierdo viniese con su fuerza á la ciudad, quien lo arrestó, y puesto á disposicion del General del Ejército, fué remitido preso á la Guardia del Monte.

D. Matias Aberastegui—Era oficial de abastecedores; tomó las armas contra sus compañeros y sirvió de ayudante del General Olazabal.

Mayor D. Martin Olazabal—Lomo negro, tomó las armas.

Idem D. Gerónimo Olazabal—Unitario y lomo negro.

D. Diego Vivar—Este trabajó con empeño en seducir los milicianos del Comandante Navarrete, por lo que fué arrestado y remitido á la Guardia del Monte.

D. Marcelino Carranza—Unitario y lomo negro.

Teniente Coronel D. Benito Nazar—Unitario y lomo negro.

Capitan D. Mariano Bermudez—Está con el concepto de unitario, lomo negro, no ha servido en el Ejército de la federacion—Actualmente está causado por haber muerto á un músico de Patricios.

Mayor D. José Gueselaga—Lo fué del Batallon de Defensores, partidario del General Martinez, y lomo negro.

Idem D. Rufino Guati—Unitario y lomo negro.

Teniente Coronel D. Francisco Seguí—Unitario y lomo negro.

Idem D. Antonio Toll—En todo como el anterior.

Capitan de milicias D. Pablo Lopez—Era federal, se volvió lomo negro y tomó las armas.

Idem D. Martin Amarilla—En todo como el anterior.

Idem D. Luis Casar—Idem idem.

Teniente Coronel D. Mariano Moreno—Lomo ne-

gro—Sostuvo con ardor al gobierno de Balcarce.

Coronel D. Juan José Martínez Fontes—En todo como el anterior.

Coronel D. Nicolás Martínez Fontes—Mandó el batallón “Rio de la Plata;” estaba tan entusiasmado que el día de las elecciones de Abril, formó la tropa en el cuartel y la proclamó diciendo: que murieran los absolutistas.

D. José María Zelaya—Este era federal—Lo trastornó el Ministro de Guerra Martínez—(se dice que por intereses) pero él era su agente y panegirista.

D. Demetrio Villarino—Era Juez de paz de San Fernando y lo sedujo el comandante D. Manuel Feliciano Fernandez, por cuyo motivo lo depuso del cargo el General del Ejército.

D. Juan José Maciel—Era Juez de paz de San Isidro, en todo como el anterior.

Coronel graduado D. José María Escobar—Lomo negro, no es bueno ni para amigo, ni para enemigo.

- D. Diego Piñero*—Fué Juez de paz de las Conchas—Partidario entusiasta de Balcarce.
- D. Plácido Viera*—Este de particular fué hecho en los dias de la revolucion de Octubre, sargento mayor de caballeria de línea y anduvo con partida—Se le recogieron los despachos por comprenderlo la resolucion de la Honorable Sala.
- D. José María Grimau*—Era corredor de número y uno de los mas exaltados en la revolucion contra los federales.
- Coronel D. Rafael Hortiguera*—Lomo negro, pero moderado.
- D. Pedro Echenagusia*—Siendo paisano se ofertó al gobierno para formar una compañía para pelear contra los federales, no llenó su compromiso, pero recibió ocho mil pesos que se quedó con ellos.
- Capitan D. Emilio Góngora*—Lomo negro, y estuvo hasta lo último con las armas en la mano.
- D. Mariano Artayeta*—Era mayor de Lavalle. Unitario empecinado y se presentó en

los días de la revolucion á tomar las armas contra nosotros.

D. Mariano Aquilino—Era alcalde del cuarte-17—Hizo primores en las elecciones á favor de la lista negra, y últimamente tomó las armas.

Coronel D. Juan Coé—Yerno de Balcarce—En los momentos de la revolucion le dieron el mando del Puerto.

D. Pedro Echagüe—Lomo negro y espia del Ministro Martinez.

Sargento mayor D. Julian Martinez—Hijo político del ministro Martinez—tomó las armas.

Coronel D. Manuel Rojas—Unitario y lomo negro.

Idem D. Roman R. Fernandez—Lomo negro, trabajó con calor en las elecciones en contra de los federales.

Capitan D. Mariano Quintas—Unitario y tomó las armas.

D. Antonio Martinez Fontes—Escribió contra los federales, actualmente está empleado en la Aduana.

D. Dámaso del Campo—Lomo negro y trabajó en las elecciones en contra nuestra.

Teniente Coronel D. Juan Santiago Wascalde—Unitario acérrimo, actualmente está empleado en el Parque.

Capitan D. Bartolo Herrera—Peleó contra los federales, está en el estado mayor activo.

Teniente Coronel D. Ramon Listas—Unitario y lomo negro.

Mayor D. Bartolo Fernandez—Lomo negro completo—Se hizo notar por su encarnizamiento en las elecciones y con las armas en los dias del movimiento.

Teniente Coronel D. Amadeo Ibarrola—Cuando estalló el movimiento del 11 de Octubre se hallaba de comandante en Quilmes donde lo habia mandado dias antes el gobierno. Los patriotas lo sorprendieron esa misma noche y despues de arrestado lo pusieron en libertad, juramentándolo en que no tomaria las armas.—Correspondió á esta generosidad con bajeza, y lo que se vió libre las tomó de nuevo.

Sargento mayor D. Feliz Iriarte—Unitario y lomo negro.

Idem D. Ciriaco Otero—Tomó las armas contra los federales.

Teniente Coronel D. Victorio Llorenti—Estaba empleado en la inspeccion, y en los dias del movimiento de octubre, como se habia dado á conocer por su exaltacion, lo colocó el General Olazabal de su segundo en el cuerpo de Patricios.

Mayor D. Pedro Calderon—Unitario y lomo negro.

D. Gregorio Silva—Era Juez de paz de la Concepcion, lomo negro empecinado y el agente del General Olazabal.

D. Eduardo Espinosa—Era oficial de Abastecedores, estuvo adentro con las armas en la mano, por esto fué arrojado del cuerpo.

Presbítero D. Mateo Vidal—Enemigo acérrimo de los federales, era el que sostenia en la Sala de Representantes todas las disposiciones del gobierno en aquella

época, y dirigia al ministro de la Guerra Martinez.

Coronel D. Angel Salvadores—Lomo negro, estuvo con las armas en la mano al mando de un canton.

Mayor D. Ramon Carabajal—Unitario y lomo negro.

BATALLON DE ARTILLERIA.

Clasificacion de los Gefes y Oficiales de él.

Comandante D. Juan Seballos—Obtuvo este empleo por el Gobernador Balcarce despues del 11 de Octubre; lo ratificó Viamont; estuvo con las armas en la mano—No ha hecho mas servicios á la federacion que la espedicion á Córdoba.

Capitan D. Martiniano Aparicio—Unitario y lomo negro.

Capitan D. Luis Arguero—Lomo negro.

Teniente D. Manuel Visetrez—Unitario.

Ayudante D. José Revol—Lomo negro.

Teniente D. Norberto Abrego—Lomo negro.

Subteniente D. Manuel Castañon—Lomo negro.

BATALLON GUARDIA ARGENTINA.

Los Gefes y Oficiales sin escepcion, son federales y de toda confianza.

REGIMIENTO N.º 1.º DE CAMPAÑA.

Los Gefes y Oficiales sean de línea como de milicias que actualmente tiene, son federales y de confianza.

Relacion de los Lomos negros enemigos de los federales, y se hallan ausentes fuera de la Provincia.

Brigadier D. Juan Ramon Balcarce.

Idem D. Enrique Martinez.

General D. Felix Olazabal.

Coronel D. Manuel Olazabal.

T. Coron. D. Manuel Feliciano Fernandez.

Idem D. Ignacio Inarra.

Idem D. Adriano Cardozo.

Mayor D. Benito Olazabal.

Idem D. Marcelino Aguilar.

Capitan D. Casimiro Garmendia.

Idem D. Marcelino Salinas.

Tenien-
te de } D. José Estanislao Bejarano---*Paisano*.
milicias }

Paisano Juan José Cano.

Guarda José Villoldo.

Idem Pedro José Molina.”

—No hay mas, Excelentísimo Señor.

—Bueno; lea la segunda,—dijo Rosas conti-
nuando su paseo, y el escribiente leyó:

CLASIFICACION.

Número 2.

Empleados civiles de todas clases que son muy marcados por sus opiniones.

DEPARTAMENTO DE POLICIA.

Comisarios.

- D. Matias Robles—*Federal.*
“ Angel Herrero—*Idem firme.*
“ Pedro Romero—*Idem firme.*
“ Lorenzo Laguna—*Idem idem.*
“ Pedro Chanteiro—*Idem idem.*
“ Isidoro Lopez—*Idem idem.*
“ Hilario Abalos—*Idem idem.*
“ Juan José Castro—*Idem idem.*
“ Diego Ruiz—*Federal.*
“ Manuel Garcia—*Idem.*
“ Manuel Insua—*Idem.*
“ Juan Manuel Serrano—*Idem.*
“ Pedro C. Chavarria—*Idem firme.*

D. Ciriaco Cuitiño—*Federal firme y sobresaliente.*

“ Andres Parra—*Idem idem idem.*

Comisario en comision.

D. Marcelo Aspitia—*Federal firme.*

Oficial 2.º

D. Pedro Romero—*Federal.*

Oficiales de mesa.

D. Juan Moreno—*Idem.*

“ Ramon Torres—*Idem.*

“ José María Zamorano—*Federal firme.*

“ Francisco Plot—*Idem idem.*

“ Baltazar Agüero—*Insignificante é inasistente al servicio.*

Oficiales escribientes.

D. Francisco A. Maciel—*Nuevo en el partido, con buena conducta.*

“ Estevan Ojeda—*Idem idem.*

“ Francisco Cámara—*Idem idem, fué unitario.*

D. Juan Victorica—*Demostró ser buen federal en la época de los renegados, y continúa.*

“ Manuel Ovella—*Español unitario.*

“ Angel M. Gomez—*Se ignora su actual opinion y fué unitario.*

Administradores de los carros fúnebres y de Policía.

1.º D. Luciano Isla—*Federal.*

2.º D. Pedro Obrego—*Federal firme y neto.*

Alcaldes del depósito de Policía.

1.º Gregorio Guzman—*Federal.*

2.º Santiago Olivera—*Idem.*

Tesorero de Policía.

D. Francisco Eyzaga—*Buen federal.*

NOTA—Entre los vijilantes hay muchos buenos federales, pero otros son enteramente desconocidos

respecto de su opinion, y será preciso el clasificarlos despacio, previo los informes convenientes.

Actuales Jueces de Paz en la ciudad.

Catedral al Norte—D. Inocencio Escalada—*Federal.*

San Nicolas—D. Julian Gonzales Salomon—*Federal firme y sobresaliente.*

Piedad—D. Antonio Viera—*Federal.*

Monserrat—D. Manuel Maestre—*Idem.*

Concepcion—D. José Maria Pintos—*Idem.*

Socorro—D. Gabriel Ferreyra—*Idem.*

San Telmo—Francisco Buzaco—*Idem.*

Pilar—D. Juan Ovalle—*Idem.*

San Miguel—D. José Moreno—*Idem.*

Balbaneda—D. Mariano Lorea—*Renegado.*

NOTA—Hay un alcalde en esta última parroquia llamado D. Eustaquio Gimenes, que tiene actitudes, es hombre de bien y federal conocido.

EMPLEADOS DEL FUERTE.

D. Pedro Salvadores—*Unitario y renegado.*

“ Benedicto Maciel—*Pasa por federal pero lo pasaba bien con los renegados, y gobierno subsiguiente.*

“ Severo Belvis—*Renegado.*

“ Mariano Balcarce—*Idem.*

“ Demetrio Peña—*Idem y unitario.*

“ José Maria Sagasta—*Idem.*

“ Gregorio Alagon—*Idem idem.*

“ Prudencio Gramajo—*Idem idem.*

“ Avelino Balcarce—*Renegado.*

MINISTERIO DE GUERRA.

Oficial Mayor—D. Mariano Moreno—*Renegado.*

D. Juan J. Martinez Fontes—*Idem.*

“ José M. Agrelo—*Idem.*

“ Márcos Agrelo—*Idem.*

“ Luis Mendez—*Idem.*

- D. Estevan Badlam—*Renegado*.
 Dr. D. Mariano Herrera—*Unitario*.
 D. Pedro Diaz de Vivar—*Renegado*.
 “ Justo Balcarce—*Idem*.

CONTADURIA GENERAL.

- D. Tomas Usúa—*Unitario y renegado*.
 “ Antonio Marcó—*Idem idem*.
 “ Mariano Javalera—*Idem idem*.

ARCHIVEROS.

- D. Gerónimo Lasala—*Vive con todos*.
 “ Mariano Vega—*Renegado exaltado*.

COLECTURIA.

- D. Santiago Calzadilla—*Unitario*.

- D. Marcos Sauvidet—*Unitario*.
 “ Juan Araujo—*Renegado malo*.
 “ Antonio Martinez Fontes—*Renegado*.

EN EL RESGUARDO.

- D. José M. Somalo—*Renegado*.
 “ José A. Echevarria—*Idem*.
 “ José Guerreros—*Renegado exaltado y fué agente
 del gobierno de Balcarce*.
 Unos Peñas—*Renegados*.
 D. N. Perelló—*Unitario y renegado*.

Debe haber en el resguardo otros muchos renegados, segun la opinion general.

CORREOS.

- D. Manuel J. Albarracin—*Unitario*.
 “ Bonifacio Salvadores—*Idem y renegado*.
 “ Olayo Pico—*Unitario*.

INSTITUCION DE SERENOS.

Presidente D. José Olaguer—*Renegado*— *Vive con todos.*

Tesorero.

D. Felipe Botet—*Unitario muy renegado.*

Ayudantes.

D. Juan Bautista Perichon—*Unitario.*

“ Pedro Botet—*Renegado.*

“ Antonio José Larrosa—*Vive con todos.*

“ José Alvarez—*Federal.*

“ Ambrosio Correa—*Idem.*

“ José Leon Gutierrez—*Idem muy comprometido.*

Serenos pertenecientes al partido de los Renegados.

Pedro Espejo.

Fermin Urain.

José Pillao.

Manuel Roxas.

Juan Navea.

Cosme Mendez.

Vicente Gomez.

Nicolas Martinez.

José Alcolea—*y unitario.*

Rufino Blanco.

Manuel Sosa.

Manuel Rubio.

Gregorio Diaz—*y muy malo en la época pasada.*

Domingo Lara—*y unitario malo.*

Nicolas Blanco.

Lorenzo Vose.

José M. Cabot.

Juan Ramon Diaz.

José Ramos.

Pedro Melo.

Atanasio Romero.

Luis Peredo.

Francisco Rodriguez.

Alverto Burañez.

José Isla.

Vicente Montillo.

Francisco Tixera.

José M. Ordoñez.

Julian Muñoz.

INDIVIDUOS DE TODAS CLASES.

D. Luis Vega—*Ex-Juez de Paz el año 33—Renegado exaltado.*

“ José M. Zelaya—*empleado en el Parque—Renegado.*

Un empleado del mismo destino apellidado Velasquez—*Renegado.*

D. Matias Aberasteguy—*ex-alcalde del cuartel número 9—Renegado.*

“ Martin Troncoso—*Idem del número 13—Renegado exaltado.*

“ José Pico—*Idem del 52—Idem idem.*

“ Demetrio Villarino—*Ex-Juez de Paz de San Fernando—Renegado.*

“ Juan José Maciel—*Ex-Juez de Paz de San Pedro—Renegado.*

“ Juan Barrenechea—*R.^{te}—Renegado.*

“ Vicente Arraga—*Idem idem.*

D. Irineo Portela—*Idem*—*Unitario*.

“ Ignacio Martinez—*Idem*—*Renegado*.

“ Pedro Trapani—*Idem idem*.

“ Baldomero Garcia—*Vividor con todos los partidos y muy relacionado con los unitarios*.

Dr. D. Mateo Vidal—*Eclesiástico*—*Renegado*.

“ Francisco Silveira—*Canónigo*—*idem*.

“ Ramon Olavarrieta—*Cura*—*idem*.

“ Manuel Nazar—*Teniente Cura*—*Renegado y unitario*.

“ José Albarracin—*Cura*—*Renegado*.

“ Mariano Brizuela—*Presbítero*—*Unitario*.

“ Bernardo José Campos—*Cura*—*idem*.

ABOGADOS.

Dr. D. Pedro José Agrelo—*Renegado*.

“ “ Valentin Alsina—*Unitario*.

“ “ Marcelo Gamboa—*Moderado*.

“ “ Pedro del Valle—*Renegado*.

“ “ Manuel Belgrano—*Unitario*.

“ “ Juan José Cernadas—*Renegado*.

- Dr. D. Bernardo Velez—*Unitario malo*.
 “ “ Florentino Castellano—*Unitario renegado*.
 “ “ Paulino Ibarbás—*Unitario*.
 “ “ Rafael Macedo Ferreira—*Renegado*.
 “ “ José Tomas Aguiar—*Idem*.

ESCRIBANOS.

- D. Francisco Castellote—“*Unitario él, su mujer, hijos é hijas.*” (*)
 (“*Agregado auxiliar*”) Antonio Fausto Gomez.
 D. Manuel Covia—*Unitario*, “*del Consulado*”
 “ Marcos José Agrelo—*Unitario, Escribano de número*.
 “ Teodoro Montaña—*Renegado*.
 “ Luis Castañaga—*Unitario incorregible*.
 “ Luis Lopez—*Federal*, “*buen sugeto*”
 “ Laureano Silva—*Idem*.

(*) Todas las palabras que en este documento van en bastardilla y con comillas, son anotaciones que en el orijinal están escritas de puño y letra de D. Juan Manuel Rosas.

D. Miguel Mogrovejo—*Renegado.*

“ José Maria Jordan—*Unitario.*

“ Juan José Canaberis—*Procurador renegado,*
“malo, incapáz.”

“ José Joaquin Rubí—*Federal firme.*

MÉDICOS Y CIRUJANOS.

Los dos Almeidas—*Unitarios moderados.*

D. Cosme Argerich—*Renegado.*

“ Pedro Carrasco—*Unitario.*

“ José Fuentes—*Federal.*

“ Fernando Maria Cordero—*Idem firme.*

“ Andres Dik—*Extrangero federal.*

“ Juan Antonio Fernandez—*Unitario.*

“ James Leppar—*Extrangero; no es unitario.*

“ Pedro Martinez—*Renegado.*

“ Pedro Roxas—*Unitario.*

“ Manuel Salvadores—*Idem renegado.*

“ Justo Garcia Valdez—*Idem idem.*

“ Benjamin Vieites—*Idem idem.*

PARTICULARES

Unitarios, y federales renegados.

D. Mariano Fraguero—*Unitario.*

“ José Perez (comandante)—*Idem.*

“ Manuel Pinedo—*Idem.*

“ Manuel Arroyo y Pinedo—*Muy unitario.*

“ José Arroyo y Pinedo—*Idem idem.*

“ Juan Fernandez Molina—*Unitario.*

“ Ventura Arzac—*Idem malo.*

“ José Maria Arzac (impresor)—*Renegado y malo.*

“ Pablo Garcia (vago)—*Idem idem.*

“ Francisco Lavalle—*Unitario.*

“ Francisco Seguí—*Idem.*

“ Joaquin Belgrano—*Idem.*

“ Pedro Berro—*Idem.*

“ Fidel Casati—*Idem.*

“ Miguel Fernandez, hermano del Manuel Feliciano—*Renegado.*

“ Carlos Lamarca—*Unitario.*

“ José María Maldonado—*Idem.*

“ Molino Torres, Angel—*Idem.*

D. Sebastian Ocampo—*Unitario exaltado.*

“ Carlos Reyes—*Idem.*

“ Miguel Sanchez—*Idem muy exaltado.*

“ Manuel Terri, empleado en el Banco—*Unitario.*

“ Gregorio Terri, idem idem idem—*Idem.*

“ Marcelino Carranza—*Renegado.*

“ Manuel Carranza—*Unitario y renegado.*

Un jóven Maximo Lara—*Muy renegado.*

D. Juan Manuel Canaveris—*Idem idem.*

“ Benito Diaz (corredor)—*Unitario renegado.*

“ Juan de Dios Padron—*Idem.*

“ Matias Aberastegui—*Ex-alcalde del Cuartel número 9.—Renegado.*

“ Pedro Echenagusia—*Renegado malo, espía pagado en el Gobierno de Balcarce contra los federales.*

“ Manuel Vega—*Renegado malo y atropelló á algunos ciudadanos en la época malhada de los renegados.*

“ José María Laines—*Unitario malo y renegado.*

“ Gervasio Armero—*Renegado y no hace honor al empleo de oficial de Justicia que egerce.*

*Federales de varias clases que pertenecen á la
Sociedad Popular Restauradora y son com-
prometidos.*

D. Martin Santa Coloma—*Sobresaliente.*

“ Pablo Hernandez—“*Representante—Fortuna.*”

“ Sebastian Sárate.

“ José M. Boneo—“*b.*”

“ José Aldao—“*b.*”

“ Ramon Bustos—“*Edecan.*”

“ Rafael Barrios—“*Bueno—Abastecedor.*”

“ Hilario Rodriguez—*Capitan de pardos, “em-*

“ Miguel Planes—“*b.*” *pleado.*”

“ Manuel Alarcon—“*b “capitan”*

“ Laureano Almada—“*b*”—“*puesto verdura.*”

“ José Tomas Robledo—“*b*”—“*capitan del 6 ó de
la partida de Cuitiño.*”

“ Andres Robledo—“*b*”—“*idem capitan.*”

“ Bernardo Fuentes—“*b*”—“*mercado.*”

“ Pedro Nolasco Contin.

“ Andres Cabo—“*b*”—“*casa propia—en el puente;
—fortuna.*”

“ Juan Merlo—“*b*”—“*capitan.*”

D. Manuel Barbarin.

“ Manuel Nuñez.

“ Julian de Leon.

“ José Antonio Reynoso.

“ Bernardino Orellana.

“ Maximo Sosa (negro.)

“ Silvestre San Martin (negro.)

“ Francisco Molina.

“ José María Yedros—capitan pardo—“b.”

“ José Rodriguez (pardo)—“b.”

“ Daniel Capdevila (negro)—“b.”

“ Mariano Castillo—“b”—*capitan de milicia.*”

“ Antonio Bonifás (marina)—“b en el servicio de

“ Evaristo Idalga. *la marina.*”

“ Antonino Reyes.

“ Trifon Cárdenas (oficial.)

“ Francisco Isar.

“ Antonio Reynoso.

“ José Pintos—“b.”

“ Vicente Funes.

“ José A. Limenez—“*Hacendado del N.*”

“ José Domingo Montaña.

“ Juan Baleyja—“b”—*cap.ⁿ M.*

“ Lorenzo Garcia.

D. Martin Farias (del Resguardo.)

“ Mateo Castañon.

“ Manuel Burgos.

“ Angel Octan.

“ Francisco Esquibando.

“ José M. Pita.

“ Manuel Araoz de Parra.

“ Ciriaco Gari (oficial de milicia.)

“ Felvo Briones (oficial militar.)

“ Mariano Soria.

“ Diego Obirson.

“ Antonio Miranda.

“ Juan Molina.

“ Pedro Santellan.

“ Laureano Silva (escribano)

“ Cayetano Laprida.

“ Juan José Olivera.

“ José Serapio Gaona.

“ Maximo Taybo.

“ José Tibursio Sanchez.

“ José D. Farias.

“ José Carrasco.

“ Francisco Farias—“*b—capitan.*”

“ Manuel Altolaguirre (pardo.)

D. Juan Balanzártgui (negro.)

“ Manuel Abrego.

“ José Gabriel Romero.

“ Pedro Aberastegui.

“ Juan Fuentes.

“ Feliz Padin—(*pardo*) “*b-verdadero.*”

“ Roque Narbona (*negro*)

“ Juan José Perez de la Rosa—“*bueno, oficial re-*

“ Gregorio Sufrategui. *bajado.*”

Otros federales, aunque no son de la Sociedad.

D. Bonifacio Huergo.

“ Manuel Rábago.

“ Miguel Oñederra.

“ Anselmo Farias—*sobresaliente.*

“ Domingo Eyzaga—“*b.*”

“ Miguel Casal (*ex-comisario.*)

“ Evaristo Pineda (*corredor*)

“ Simon Pereira.

“ José Vari.

Y otros muchos.

Respecto á los negros de la última clase pueden

considerarse federales prontos á sostener la causa, mas de las nueve décimas partes de ellos, y la otra se compone de algunos oficiales del cuerpo de Defensores (que pueden ser clasificados á su tiempo) y de otros pobres ignorantes, alucinados por ellos.”

—Se ha concluido, Excelentísimo Señor.

—Entonces, deje ahí no mas; vaya separando las otras para leerlas luego; pero mire, cuando vea *unitarios* en esos papeles, léame *salvajes* unitarios. Tome, Corvalan. Llévelo á María Josefa y díga-le que vaya entresacando; que mañana le mandaré otras.

—Nada mas, Excelentísimo Señor?

—Nada mas.

Corvalan salió.

En ese momento tomó Rosas el vaso de agua de manos del ordenanza.

La puerta vidriera del rancho daba al Oriente, y los vidrios estaban cubiertos por cortinas de coco punzó. El sol estaba levantándose entre un radiante pabellon de grana; y, sus rayos quebrándose en los vidrios de la puerta, y su luz tomando

el color de las cortinas, venia á reflejar con él en el agua del vaso, un color de sangre y fuego.

Este fenómeno de óptica llevó el terror á la imaginacion de los secretarios, que, herida por la idea que acababan de comprender en Rosas al mandar las clasificaciones á su hermana política, les hizo creer que la agua se habia convertido en sangre, y súbitamente se pararon pálidos como la muerte.

La óptica y su imaginacion, sin embargo, se habian combinado para representar, bajo el prisma de una ilusion, la verdad terrible de ese momento. Sí; porque en ese momento bebia sangre, sudaba sangre, y respiraba sangre: concertaba en su mente, y disponia los primeros pasos de las degollaciones que debian bien pronto bañar en sangre á la infeliz Buenos Aires.





CAPITULO IV.

**Donde aparece, como aparece siempre,
nuestro Don Cándido Rodriguez.**



I los capítulos anteriores han podido dar una lijerísima idea de la ferocidad de Rosas, también habrán hecho reflexionar, es probable, sobre el modo como se ocupaba de la defensa de su causa, frente del enemigo que le invadía, y la amenazaba.

Hay resistencia en el espíritu para creer que en todo pensase Rosas, en los primeros días de Setiembre de 1840, menos en una formal organización de defensa, en un plan de campaña, tan serio siquiera, como la situación que lo rodeaba. Y nada hay mas cierto, sin embargo.

Rosas jamás fué militar. Y en aquel conflicto no hizo otra cosa que amontonar hombres y cañones, carretas y caballos, en los estrechos reductos de Santos Lugares; esperándolo todo de la casualidad, del terror en sus enemigos, y del miedo en sus servidores, que parece haber sido la única táctica de ese hijo predilecto de una fortuna, la mas siniestra para la humanidad, tanto en sus guerras de 1840 á 1842, como en la que sostiene en la época en que estos cuadros se delínean.

Alistados á sus banderas, no faltaban algunos oficiales jenerales del tiempo de la independencia; y, como tales, viejos veteranos que habíanse criado entre los grandes planes militares y la disciplina severa, sirviendo á las órdenes de los primeros capitanes de aquella guerra gigantesca. Y las medidas de Rosas, como jeneral en jefe del ejército, en aquellos momentos en que todos jugaban su por-

venir, si no su vida, era la pesadilla diaria de aquellos soldados de la independencia, que no veían sino el absurdo y la ignorancia, ó la mas completa apatía, en las disposiciones del dictador, que revelaba una completa ausencia de las nociones mas simples del arte de la guerra. Para ellos era incomprendible que solo con rondas, para ver si hallaban algun unitario con armas; con visitas á los cuarteles, para no encontrar sino montones de hombres sin disciplina ni espíritu de soldado; y con hacinar enjambres de hombres y de animales en un estrecho campamento, se pudiese asegurar el triunfo, ó siquiera una resistencia regularizada, llegado el caso de un ataque sério sobre aquel punto, ó de una sorpresa á la ciudad. Y ante semejantes planes militares, renegaban de la suerte que los habia puesto bajo el mando de aquel *bruto*, como lo llamaban Mancilla, Soler, y otros que habian ceñido la espada desde los primeros dias de la revolucion de América.

Pero ¡parece increíble! este mismo trastorno de lo natural, esta misma vulgaridad é ignorancia de Rosas, servia para que la fanática plebe de su partido, y muchos tambien que no eran plebe, dije-

sen y creyesen, que todo aquello que veían y les sorprendía, era efecto del *jénio* del Restaurador, que se escapaba á la penetracion de los demás.

—Él sabe lo que hace,—decian.

Y sin embargo, la verdad es que el *jénio* no sabia una palabra de lo que estaba haciendo, ó de lo que debia hacer, en órden á la defensa militar; y se lo llevaba en un trabajo asiduo y laborioso, dentro sí mismo, pensando y combinando los medios de satisfacer sus bárbaras venganzas, en el caso de triunfar, que ya empezaba á ver como muy probable, sin mas ciencia que sus instintos y su sagacidad, puramente orgánicos, puramente animales: ora combinando nombres para encontrar víctimas, sea combinando en su idea el medio de arrojar á la mendicidad la mitad de la poblacion; nuevo y el mas espantoso de sus delitos, que debia convertirse en ley dentro de pocos dias.

Entretanto, y á medida que los sucesos se precipitan, el lector tendrá que acompañarnos, con la misma prisa que esos sucesos, á todas partes y con toda clase de personas. Y al llegar mas pronto que Corvalan, de Santos Lugares á la ciudad, y al correr sus calles, ora en largas lonjitudes,

tristes, solitarias, lúgubres ; sea teniendo que empujar y codear para abrírnos camino por medio á una oleada de negras viejas, jóvenes, sucias unas y andrajosas, vestidas otras con muy luciente seda, hablando, gritando y abrazándose con los negros, soldados de Rolon ó de Ravelo, mientras otras se despedían á gritos, marchando á Santos Lugares ; ya teniendo que ampararnos del umbral de una puerta, para que los caballos á galope, azuzados por el rebenque de la Mashorca, que pasa en tropel, haciendo que hace en el gran plan de defensa de su *jénio*, no invada la vereda y nos lleve por delante ; ó ya en fin, andando mas de prisa para evitar la mirada curiosa que se escurre por la rendija de un postigo entreabierto donde se asoma una pupila inquieta y buscadora, queriendo interrogar hasta las piedras para saber qué pasa, qué fortuna se cierne en ese instante sobre la cabeza de todos, sobre el lecho del viejo, sobre la cuna del niño ; para saber si el corazón ha de latir de miedo, ó de esperanza todavia ; si el sol ha de ponerse el último para ella, ó el postrero para la terrible ansiedad que devora el espíritu y el cuerpo. Y corriendo, deslizándonos con

el lector sobre esa ciudad cuyo piso tiembla, cuyo aire tiene olor á sangre, donde sobre las nubes no parece haber Dios, donde sobre el suelo no parece haber hombres, dó todo falta, menos la agonía del alma, las creaciones asustadoras de la imaginacion, y la lucha terrible de la esperanza, que se escapa, ó se postra en el pecho, con la realidad, con la verdad, que subyuga y aniquila y mata esa esperanza misma; corriendo aquí y allí, de repente nos hallaremos con un personaje sério y tieso, que con su inseparable baston vá pasando por la puerta de la Sala de Representantes, con un aplomo de piernas sorprendente, mientras que la vaguedad de sus miradas, y su semblante como bañado en agua de azafrán, nos hará creer por un momento, que aquel hombre lleva una cabeza postiza, viendo en el rostro el antítesis de la seguridad que ostenta el cuerpo.

Era Don Cándido Rodriguez.

Frente á la Sala de Representantes, habia en 1840 una pequeña fonda, que era el *Palais Royal* de toda la corte del *jénio*, desde las ocho hasta las once de la mañana, desde las nueve hasta la una de la noche; en cuya puerta, un año antes, habian

tomado al joven Alagon, para convertirlo en una de las mas tristes y lamentables víctimas de Rosas.

Eran las diez de la mañana.

Don Cándido llegaba ya á la puerta de la Sala de Representantes, cuando salia de la fonda una docena de personajes de la federacion, haciendo un ruido infernal con sus inmensas espuelas.

Don Cándido no los miró con los ojos. Los miró y conoció con el oído. Y, sin dar vuelta su cabeza, ni precipitar sus pasos, se entró muy sério á la Sala de Representantes, y empezó á subir por la escalera que conduce al Archivo.

Él no iba á semejante casa, ni á tal Archivo. Era el ruido de las espuelas federales lo que habia dado á sus piernas una nueva direccion, sin dar tiempo á su cabeza á la combinacion de ninguna idea. Asi es qué, cuando se halló frente á frente con un oficial de esa oficina, no sabiendo que decirle, y no creyendo que debia pararse todavia, pasó por delante de él, y siguió andando.

—Señor ¿queria usted algo?—le dijo aquel.

—Yó?

—Sí, pues, usted que se entra, asi no mas.

—Mire usted jóven, esto es efecto de causas muy remotas y recónditas, que cuando el tiempo, ese amigo de la vejez é instructor de los jóvenes. el tiempo, si usted supiera lo que es el tiempo!

—Señor, yo lo que deseo saber, es qué busca usted,—dijo el oficial que empezó á creer que Don Cándido era un loco, y no las tenia todas consigo al encontrarse solo, en tan peligrosa compañía.

—Mire usted; yo, francamente no quiero nada. De qué familia es usted, mi distinguido Señor?

—Señor, yo tengo que cerrar la puerta: hágame el favor de retirarse,—dijo el jóven retrocediendo algunos pasos y dando la espalda á la puerta de salida.

—Tiene usted en su fisonomía la espresion del talento, de la asiduidad, de la labor, ¿en que forma de letra escribe usted?

—Señor, hágame usted el favor de irse.

—De todos mis discípulos; por que ha de saber usted que yo he sido maestro de primeras letras, de todo Buenos Aires. ¡Oh! y que hombres he sacado! Unos son hoy diputados, comerciantes de

primer orden; activos, hacendosos, infatigables ¿conoce usted la casa de comercio que hay?

Don Cándido alzó su caña de la India, como para apuntar en el aire la direccion á que iba á referirse, cuando el jóven creyendo que la alzaba para darle un palo, corrió á la puerta, y dió un grito al portero que felizmente no se hallaba en su puesto.

—Qué haceis, jóven imprudente, inconsiderado, lijero como todos los jóvenes?

—Señor, si usted no se vá, yo empiezo á gritar.

—Bien; ya me voy, jóven inesperto y alucinado.

Pero en lugar de dirijirse á la puerta, Don Cándido se dirigió á uno de los balcones, que quedaba frente á frente con la fonda; y el álma le volvió al cuerpo, al ver que nadie habia en la puerta de ella.

Volvióse entonces y estendió su mano para despedirse del oficial del Archivo, quien no teniendo la mínima duda de que Don Cándido acababa de escaparse de la Residencia, se guardó muy bien de poner su mano entre las suyas.

—Adios, jóven bizoño y nuevo en la escuela

del mundo. Ojalá pueda pagar á usted y á su respetabilísima familia, el eminente é inolvidable servicio que acabo de recibir.

Y Don Cándido, bajó con toda su estudiada gravedad las escaleras, mientras el jóven quedóse mirándole y riéndose.

Pero no bien el maestro de primeras letras habia llegado á la esquina de esa cuadra, andando siempre en direccion al Retiro, cuando otra comitiva federal doblaba del Colejio hácia la fonda, y se encontró de manos á boca con Don Cándido.

Este no bajó, saltó de la vereda, y, con el sombrero en la mano, empezó á hacer profundas reverencias.

Los otros que tenian mas ganas de almorzar que de saludar, y muy habituados que estaban á esa clase de cumplimientos, siguieron su camino, mientras Don Cándido se quedó saludándolos hasta por la espalda.

Vertijinoso, latiéndole las sienas terriblemente, y sudando á ríos, dobló al fin por la calle de la Victoria en direccion al campo, y fué á entrar por aquella puerta donde lo conocieron nuestros lectores por la primera vez, y que no era otra

que la de Daniel, como es probable que lo recuerden.

Un momento despues, nuestro desgraciado secretario entraba á la sala de su antiguo discípulo, á quien halló sentado en una cómoda silla de balanza, leyendo muy tranquilamente la elocuente *Gaceta Mercantil*.

—Daniel!

—Señor?

—Daniel! ¡Daniel!

—Señor! ¡Señor!

—Nos perdemos.

—Ya lo sé.

—Lo sabes y no nos sálvas?

—De eso se trata.

—No, Daniel, no, no tendremos tiempo.

—Tanto mejor.

—Como?—interrogó Don Cándido, abriendo tamaños ojos, y sentándose en un sofá al lado de Daniel.

—Digo, Señor, que en las situaciones difíciles lo mejor es acabar pronto.

—Pero acabar bien, querrás decir?

—O acabar mal.

—Mal?

—Sí, pues, mal ó bien, siempre es mejor que vivir dando un brazo al bien y el otro al mal.

—Y ese mal será.....?

—Que nos corten la cabeza, por ejemplo.

—Que te la corten á tí y á todos los conspiradores. Pero no á mí, un hombre tranquilo, inocente, manso, incapaz de hacer el mal con intencion, con premeditacion, con.....

—Siéntese usted, mi querido maestro,—dijo Daniel cortando el discurso de aquel, que á medida que hablaba habia ido parándose.

—Qué he hecho yo, ni qué he pensado hacer para encontrarme, como me hallo, semejante á un debil barquichuelo en medio de las ondas y las tempestades del Oceano?

—Qué ha hecho usted?

—Sí, yo?

—Toma! Pues no es nada lo que usted ha hecho.

—Yo no he hecho nada, Señor D. Daniel, y ya es tiempo de que nuestra sociabilidad se separe, se rasgue, se rompa para siempre. Yo soy un acérrimo defensor del mas Ilustre de los Restau-

radores de este mundo. Quiero hasta el último de la respetabilísima familia de Su Excelencia, como quiero y soy defensor del otro Señor Gobernador Doctor D. Felipe, de sus antepasados, y de todos sus hijos. Yo he querido.....

—Usted ha querido emigrar, Señor Don Cándido.

—Yo?

—Usted; y este es delito de lesa-federacion que se paga con la cabeza.

—Las pruebas.

—Señor Don Cándido, usted está empeñado en que alguien lo ahorque.

—Yo?

—Y solo espero que me diga usted si quiere serlo por la mano de Rosas, ó por la mano de Lavalle. Si lo primero, lo complaceré á usted en el momento, haciendo una visita al coronel Salomon. Si lo segundo, esperaré tres ó cuatro dias á que entre el jeneral Lavalle, y en primera oportunidad le hablaré del secretario del Señor Don Felipe.

—Conque entonces yo soy hombre al agua?

—No, Señor, hombre al aire será usted, si per-

siste en hablar tanta tontería como lo ha estado haciendo.

—Pero Daniel, hijo mio, no ves mi cara?

—Sí, Señor.

—Y qué notas en ella?

--Miedo.

—No, miedo no, desconfianza, efecto de las terribles impresiones que me acaban de dominar.

--Y qué hay?

—De lo del Señor Gobernador aquí, me he encontrado dos veces con esos hombres que parecen que parecen

—Qué?

--Que parecen diablos vestidos de hombre.

--U hombres vestidos de diablo, ¿no es eso?

—Qué caras Daniel! ¡qué caras! Y sobre todo esos cuchillos que llevan. Crees que uno de esos hombres sería capaz de matarme, Daniel?

—No, me parece. Qué les ha hecho usted?

—Nada, nada. Pero imagínate que me confunden con otro, y

—Bah, dejemos eso, mi querido amigo. Usted me ha dicho que salió de lo de Arana para venir aquí ¿no es eso?

—Sí, sí, Daniel.

—Luego usted traía un objeto en su venida.

—Sí.

—Y cual era, mi amigo?

—No sé; no quiero decirlo ya. No quiero mas política, ni confidencias.

—Ah, luego era una confidencia política lo que venia usted á hacerme?

—No he dicho tal.

—Y apostaria á que trae usted en el bolsillo de su leviton algun papel importante.

—No traigo nada.

—Y apostaria á que si algun hermano federal se le antoja registrarlo á usted al salir de acá, por ver si lleva armas, y le encuentra el tal papel, se lo despacha á usted en un abrir y cerrar de ojos.

—Daniel!..

—Señor, me da usted los documentos que me trae, ó nó?

—Bajo de una condicion.

—Véamos.

—Que no me ecsijirás que continúe faltando á mis deberes.

—Tanto peor para usted, porque Lavalle no

pasa cuatro dias sin que esté en Buenos Aires.

—Y, qué! ¿tú no responderías de los inmensos servicios que he prestado á la libertad?

—No, si usted se para en la mitad del camino.

—Y creés que entre Lavalle?

—Para eso ha venido.

—Mira; aquí entre los dos, yo tambien lo creo; y es por eso que venia á verte. Ha habido un contraste.

—En quien?—preguntó Daniel con viveza, sonrosándosele un poco el semblante, donde en pocos dias, habian hecho un notable estrago las diferentes impresiones que invadian su álma. Pálido, ojeroso, desencajado, se parecia mas ese dia á un jóven libertino que echa la vida y la salud por la puerta de los sentidos, que á un jóven que vive la vida del corazon y la intelijencia.

—Tóma, lee.

Daniel desdobló un papel que le daba Don Cándido y leyó.

“San Pedro, 1.º de Setiembre.

“Hace dos dias que se presentó Mascarilla con mil hombres, á tomarnos el pueblo, que mostró

una decision extraordinaria, rechazándolo vigorosamente. Traia una pieza de cañon, ciento cincuenta infantes y como seis cientos jinetes. Atacó por dos puntos. Penetraron un momento hasta la plaza; pero fueron repelidos por nuestro vivísimo fuego. La pérdida pasa de cien hombres.

“Adjunto á usted copias de la comunicacion que he recibido del jeneral.

“Mañana le escribiré detalladamente.

“*Juan Camelino.*

“*Señor D.*”

—A ver el documento á que se refiere,—dijo Daniel despues de un silencio de mas de diez minutos fijos sus ojos en el papel que tenia en la mano, mientras pasaban por su espresiva fisonomía visibles nubes de tristeza y desconsuelo.

—Tóma,—dijo Don Cándido,—son los dos documentos de importancia, y que se han encontrado en una ballenera tomada anoche. Volando he sacado una copia para traértela.

Daniel tomó el papel sin oír á Don Cándido, y leyó.

Ejército Libertador, cuartel jeneral en marcha,
Agosto 29 de 1840.

*Al Señor D. Juan Camelino, Comandante militar
de San Pedro.*

“El jeneral en jefe tiene la satisfaccion de comunicar á usted, para que lo haga saber en el partido de su mando, que por comunicaciones que se han interceptado de Don Felix Aldao al tirano Rosas, se sabe que el estado de la opinion de los pueblos del interior es el mas favorable á la causa de la libertad. Las provincias de Córdoba, San Luis y San Juan se han negado á dar á Aldao los ausilios que habia solicitado. La provincia de la Rioja se ha alzado en masa contra la tiranía de Rosas y ha armado una gruesa columna de caballería y ochocientos infantes. El jeneral La-Madrid que pisó el territorio de Córdoba al frente de un ejército de bravos amigos de la libertad, vendrá pronto á apoyar las operaciones del Ejército Libertador

“La division Vega dispersó completamente en Navarro las fuerzas de milicias que habia reunido Chirino. El Ejército cuenta con un escuadron de aquellas milicias.

“El jeneral en jefe ha sabido que las milicias de la Magdalena se han sublevado abandonando á sus jefes en el momento que les dieron la órden de incorporarse al ejército de Rosas.—La causa de la libertad hace rápidos progresos, y el jeneral en jefe espera que bien pronto serán premiados los esfuerzos de los soldados de la pátria entre los que ocuparán un lugar distinguido los bravos defensores de San Pedro.

“Hará usted saber las noticias que le comunico en el partido de su mando, con la seguridad de que el ejército libertador no imita el sistema de mentir conque el tirano intenta ocultar su crítica situacion.

“Enviará usted una copia de esta nota al Juez de Paz del Baradero.

“Dios guarde á usted.

“JUAN LAVALLE.”

—Qué te parece?—preguntó Don Cándido luego que Daniel hubo concluido la lectura del documento.

El jóven no contestó.

—Se vienen, Daniel, se vienen.

—No, Señor, se van,—repuso este, y estrujando el papel entre sus manos, se levantó y empezó á pasearse en el salón, marcando en su rostro la impaciencia y el disgusto.

—Te has enloquecido, Daniel?

—Son otros los que se han enloquecido, no yó.

—Pero si han derrotado á Lopez, mi estimado y querido Daniel!

—No vale nada.

—Si ya están en la Guardia de Lujan!

—No vale nada.

—No ves el entusiasmo ardiente, fogoso, tremebundo de que están animados!

—No vale nada.

—Estás en tí, Daniel?

—Sí, Señor; los que no están en sí son los que están pensando en las provincias, revelando con eso que no confían en sus propios medios, ni ven la fortuna que se les presenta á dos pasos. ¡Fa-

talidad, raro destino el que persigue á este partido, y con él á la pátria!—esclamó el jóven paseándose siempre precipitadamente por el salón, mientras Don Cándido lo miraba estupefacto.

—Bien decimos entónces los federales.....

—Que los unitarios no sirven para un diablo; tiene usted razon, Señor Don Cándido.

En ese momento dos fuertes aldabazos se sintieron en la puerta de calle.





CAPITULO V.

Pilades enojado.



ON Cándido se estremeció.

Daniel cambió de fisonomía como si le hubiesen quitado una cara y puesto otra : antes visiblemente alterada y descompuesta, ahora tranquila y casi risueña.

Un criado apareció, y anunció á una Señora.

Daniel dió orden de que entrase.

—Me iré, hijo mio?

--No hay necesidad, Señor.

—Es verdad que yo no quisiera irme, sinó esperar á que tú salieras para acompañarte.

Daniel sonrióse. Y en ese momento, una mujer que sonaba como si estuviese vestida de papel picado, con un moño federal de media vara, y unos rulos negros, duros y lustrosos, sobre una cara redonda, morena y gorda, tal como si el médico Rivera, marido de la rubia Merceditas, se hubiese vestido de mujer, apareció en la puerta de la sala.

—Oh!—esclamó Don Cándido.

—Adelante, Misia Marcelina,—dijo Daniel.

—Ah, sois vosotros?

—Los mismos.

—Pilades y Orestes.

—Exactamente.

—Aqueste es Pilades,—dijo Doña Marcelina estendiendo la mano á Don Cándido.

—Señora, usted es una mujer fatídica,—contestó éste retirándose de Doña Marcelina.

—“No cabe es tus entrañas
“Ni el amor ni la amistad, pecho de bronce.”

—Ojalá, fuese yo de bronce todo entero!—repu-
so Don Cándido suspirando.

—Especialmente el cuello, no es verdad, amigo
mio?—observó Daniel.

—Qué! Está sentenciada al sacrificio la cabeza
de Pilades?

—No, Señora; ni usted se meta á repetir seme-
jantes barbaridades; yo no soy unitario, ni nunca
lo he sido ¿entiende usted?

—Y qué importa la cabeza?

—No importa la cabeza de usted, que es.....
pero la mia.

—Y la vuestra, qué importa ante las hecatom-
bes que ha presenciado el mundo? ¿La cabe-
za de Antonio y de Cicerón no fueron tiradas
en el Capitolio, como me leia el inmortal Juan
Cruz? ¿No os llevaria la posteridad en sus
alas?

—El diablo debia llevársela á usted en sus
cuernos.

—Veinte y tres puñaladas, no acabaron con
César?

—Daniel, si esta mujer no es mensajera de Satánas, poco le falta. Es una mujer fatídica, es bruja, ó hija de bruja. Cada vez que nos hemos acercado á ella, ó á su casa, nos ha sucedido una desgracia. Como tu antiguo maestro, como tu viejo amigo, que tiene por tí estimacion, cariño, simpatías, te pido, te mando que despaches á esta mujer, que parece que anda con el diablo prendido del vestido.

—“Calla esa lengua conque en rudo alarde,
“Al sexo bello difamais cobarde.”

—Bello? ¿Usted bella? —y Don Cándido apuntaba con el dedo á Doña Marcelina.

—Señor Don Daniel, ¿qué es esto?

—Échala, Daniel.

—“En qué horrible celada caen mis pasos?”

—Todo esto no es mas, sino que el Señor es un poco escéntrico,—dijo Daniel mirando á Doña Marcelina, sin poder ya disimular la risa que le saltaba en el alma y en la cara.

—Ah, debe haber hecho sus estudios en la literatura inglesa!—esclamó aquella, paseando una mirada despreciativa por toda la figura de Don Cándido, que permanecía parado á una buena dis-

tancia de su antagonista.—Si hubiera, como yo, educádose en la literatura griega y latina, otra cosa seria. Lo perdono

—Usted sabe el latin y el griego? ¿usted?

—No, pero conozco el fondo de esas lenguas muertas.

—Usted?

—Yo, hombre prosaico.

—Daniel, échala, hijo mio, mira que un loco hace á ciento.

—Cómo, Señor Don Daniel, un hombre de la altura literaria de usted, en relacion con seres tan vulgares, cuya muerte es como su vida, oscura y silenciosa.....? Pero no; vivamos en constante y lírica armonía. Los tres hemos pasado por terribles peripécias dramáticas. Viva-mos juntos, y muramos juntos. He aquí mi mano,—y Doña Marcelina se adelantó hácia Don Cándido.

—No quiero, déjeme usted,—repuso Don Cándido retrocediendo.

—“Venid y ante las aras de la patria,
“Juremos en union salvar á Roma.”

—No quiero.

—Doña Marcelina,—dijo Daniel, que ya no podía tenerse de risa, y que sentía profanar con ella el tristísimo estado de su espíritu,—Doña Marcelina, usted tiene algo que decirme; pasaremos á mi escritorio.

—Sí, entremos.

“Misterios son de otro mundo,

“Cosas secretas de Dios.”

—Cruz, diablo!—esclamó Don Cándido haciéndole la señal de la cruz, cuando Doña Marcelina pasó con Daniel al escritorio.

—Ha llegado Douglas,—dijo aquella despues de haber cerrado la puerta del escritorio.

—Cuando?

—Esta madrugada.

—Y salió?

—Antiyer. He aquí la carta.

Daniel leyó la que le entregaba Doña Marcelina, uno de sus correos secretos, como se sabe, y quedó pensativo en su silla por mas de diez minutos; tiempo que empleó aquella en reconocer los títulos de las obras que habia en los estantes, sonriendo y meneando la cabeza, como si saludase á antiguas conocidas.

—Podría usted dar con Douglas, antes de las tres de la tarde?

—Sí.

--Con seguridad?

—En este momento está durmiendo el intrépido marino.

—Bien, pues, necesito que usted le hable.

--Ahora mismo.

—Y le diga que tengo necesidad de él antes de la noche.

—Aquí?

—Sí, aquí.

—Así lo haré.

—Fijemos hora: lo espero de las cuatro á las cinco de la tarde.

—Bien.

—No pierda usted el tiempo, Doña Marcelina.

—Iré volando en alas del destino.

—No, vaya usted caminando, nada mas; no es bueno en esta época hacerse notable, ni por andar muy de prisa, ni por andar muy despacio.

--Seguiré el vuelo de sus ideas.

—Adios, pues, Doña Marcelina.

—Los Dioses sean con vos, Señor.

—Ah! ¿como se halla Gaete?

—El Hado lo ha salvado.

—Se levanta?

—Todavía yace en su lecho.

—Tanto mejor para mi amigo Don Cándido.

Adios, pues, Doña Marcelina.

Y mientras esta salia del escritorio por la puerta que conducia á la sala, Daniel pasaba por otra, en el extremo opuesto, que conducia á su aposento, llevando en su mano la carta que habia recibido.

Don Cándido se paseaba en la sala, cuando volvió Doña Marcelina; y súbitamente la dió la espalda, y se puso á mirar un retrato del padre de Daniel.

Doña Marcelina acercóse hasta él, y le dijo, poniéndole la mano en el hombro al mismo tiempo:

—Sabes tú padecer?

--No, Señora, ni quiero saberlo.

—Gaete vive!—continuó Doña Marcelina, ahuecando la voz.

La trompeta del juicio no hubiera hecho la impresion que esas dos palabras en el tímpano donde se estrellaron.

—Y me ha dado memorias para vos,—prosiguió aquella, siempre con la mano sobre el hombro de su Pílates.

—Señora, usted ha hecho pacto con el diablo, para perder mi alma. Déjeme usted; déjeme usted, por amor de Dios.

—Os busca.

—Pues yo no lo busco á él, ni á usted.

—Está celoso como un tigre.

—Que reviente.

—Vos le habeis arrebatado el corazon de Gertrudis.

—Yo?

—Vos.

—Señora, usted está loca de atar; déjeme usted.

—Y morireis bajo el puñal de Bruto.

—Si usted no se vá, doy voces para que vengan y la échen.

—Y chorreará del fierro la sangre de vuestro protervo corazon.

—Santa Bárbara! Daniel!

—Silencio !

—Usted es un espía de ese malvado fraile. Ahora lo comprendo ! Daniel !

—Silencio ! no llameis á Daniel.

—Y voy á hacer que la aten á usted con la soga del pozo ¡ Daniel !

--Silencio !

—No quiero callarme, no quiero ; usted ha venido de espía.

Daniel entró á la sala, atraído por los descompasados gritos de Don Cándido, y comprendiendo, poco mas ó menos, lo que estaba pasando, preguntó con una cara muy seria.

--Qué víctima se inmola en sacrificio ?

--Viene de espía, Daniel, viene de espía,—dijo Don Cándido señalando á Doña Marcelina.

—Delira con las sombras de su crimen !—esclamó aquella, sonriendo, saludando con la mano á Daniel, y saliendo de la sala ; mientras su Píldes se esforzaba en persuadir á Daniel que aquella era una mujer espía de Gaete.

—Trataremos de eso, amigo mio, pero por ahora no vuelva usted á gritar tan descompasadamen-

te, á lo menos por un cuarto de hora. Y el joven volvió á las habitaciones interiores.

—No es nada; era una escena entre dos personajes los mas orijinales que he visto en mi vida, y que en otra circunstancia me harian gozar mucho,—dijo Daniel al volver á su alcoba, y dirigiéndose al Doctor Alcorta y á Eduardo, que estaban allí hacía largo tiempo.

Daniel, al separarse de Doña Marcelina la primera vez, era á ellos á quienes habia venido á buscar en su dormitorio, con la carta que habia conducido Mr. Douglas, el contrabandista de unitarios, como se sabe ya.

Al entrar la primera vez, Daniel se habia dirigido al Doctor Alcorta diciéndole:

—He aquí lo que acabo de recibir por Montevideo.

El Doctor Alcorta tomó el papel y leyó:

“Paris, 11 de Julio de 1840.

“El Vice-Almirante Mackau ha sido nombrado para mandar la espedicion del Rio de la Plata, en

lugar del Vice-Almirante Baudin. Partirá inmediatamente. El Señor Mackau, perteneciente á una familia distinguida de Francia, tiene la gloria de haber terminado las cuestiones que tuvo la Francia con Santo Domingo y Cartagena.

“Es notable por su intrepidez, y los que hayan leído la historia marítima de Francia, recordarán su bella acción de armas con la *Critie*, un buque de guerra inglés. En la guerra que desgraciadamente existió últimamente entre la Francia y la Inglaterra, el Señor Mackau, que apenas tenía 17 años, se hallaba abordo de un bergantín de guerra francés en clase de guardia-marina. La peste diezmo la tripulación del buque francés, y no sobrevivió á sus estragos otro oficial que el guardia-marina Mackau. Lleno de una noble satisfacción por hallarse mandando un buque de guerra francés, determinó confirmar la elección de la suerte por un ilustre hecho de armas. Pronto se encontró con un buque de guerra inglés: era la *Critie*. Después de un combate prodigioso Mackau rindió al buque enemigo, que estaba mandado por un antiguo teniente de marina. Este pundonoroso marino fué á la presencia de su vencedor; y al considerar que este no era sino

un jóven guardia-marina de 17 años, al mando de una tripulacion diezmada por la peste, fué tan grande su pesar que rindió la vida á la fuerza de su tormento.

“Su afectísimo &a.”

—Todo se combina para que los sucesos marchen á su fin, amigos míos,—dijo el Doctor Alcorta, despues de leer.

—Sí; á su fin ¿pero cual?

—No oyes que viene una espedicion, Daniel?

—Que llegará tarde, y que entretanto inspira las cartas que escriben al jeneral desde Montevideo para que no esponga su ejército y espere esa espedicion, qué, ó no vendrá, ó si viene hará que Rosas trance con los franceses, antes de llegar las fuerzas al Janeiro.

—Pero seria una infamia de parte de la Francia!—repuso Eduardo.

—En política no se miden las acciones por la moral individual de los hombres, Eduardo.

—Y es positivo que le dan esos consejos al jeneral Lavalle?—preguntó el Doctor Alcorta.

—Sí, Señor; se los dan los mas de la Comision Argentina que no quieren esperar nada sino de un grande ejército.

—Ah! si yo fuera Lavalle!—esclamó Eduardo.

—Si tú fueras Lavalle estarias ya loco. El jeneral está contrariado por todos y por todo. La resistencia del comandante Penau á desembarcar el ejército en el Baradero, en vez de llevarlo á San Pedro, ha hecho que el jeneral pierda tiempo, y caballos que lo esperaban en el primer punto. La hostilidad de Rivera le traba todas sus medidas desde hace un año. El alucinamiento de los Doctores unitarios le hace concebir un mundo de esperanzas risueñas, de facilidades deslumbrantes sobre las simpatías que hallará en la provincia, y el jeneral viene, y toca la realidad, y no halla tales simpatías. Un centenar de cartas contradictorias le llegan todos los dias de Montevideo, á él, á sus jefes, á sus oficiales, que avance, que no avance, que espere, que no espere. Diez hombres no piensan del mismo modo. Y el jeneral duda, vacila, teme marchar contra opiniones, respetables por el nombre que llevan, y marcha con lentitud, hoy distrayendo sus fuerzas en perseguir á un

caudillejo, mañana á otro, y somos 3 de Setiembre y no está á una legua de Lujan; y entretanto Rosas se repone moralmente, sus hombres van volviendo en sí del primer momento, y se acercará á la ciudad, quizá para verla y volverse; ó quizá para que corra mucha sangre, que hace quince dias, ocho dias se hubiera podido evitar,—dijo Daniel con un acento desconsolador y triste que impresionó visiblemente á sus amigos.

—Todo eso es la verdad, y este pueblo sufrirá toda la ira de Rosas, como la ha empezado á sufrir yá,—repuso el Doctor Alcorta.

—Sí, el pueblo, Señor, el pueblo, cómplice hasta cierto punto de la bárbara tiranía que le oprime, ha de pagar con su sangre, con su libertad y con su nombre, las trepidaciones de los enemigos armados del tirano, y el egoismo de los ciudadanos, indolentes á la suerte de su pátria y á la suya propia. Correrá sangre, mucha sangre si Lavalle se retira, y no habrá por muchos años que pensar en la caída de Rosas.

—Pero estamos hablando sobre conjeturas, —repuso Eduardo.—Hasta ahora el ejército sigue sus marchas. Ya veremos mañana, pasado maña-

na cuando mas. Entretanto nuestro buen amigo, cree como tú y como yo que nuestro plan particular es excelente. ¿No es cierto?

—Sí ; lo creo muy prudente, á lo menos,—contestó el Doctor Alcorta, á quien Eduardo habia dirigido su pregunta.

—Eran dos ideas que debias comunicarle,—observó Daniel.

—Lo sé todo ya. De lo primero, dudo.

—No, Señor, no dude usted ; verdad es que somos pocos ; apenas he podido reunir quince ; pero serémos quince hombres bien resueltos. La azotea que debemos ocupar, al mismo tiempo que servirá de punto de reunion, servirá eficazmente para despejar toda la calle del Colejio, si el jeneral, como se lo ruego, invade por Barracas, y suben sus fuerzas por la Barranca de Marcó, que es el punto mas señalado. La posicion que he elegido es la mejor de toda esa larga y recta calle ; y con veinte y cinco hombres mas que me deje el jeneral, yo le respondo de la retirada, si llega á haber necesidad de ello.

—Armas ?

—Tengo cuarenta y seis fusiles, y tres mil car-

tuchos que he hecho comprar en Montevideo, y están ya bien seguros en Buenos Aires.

—La señal?

—La que me avisen del ejército, si se deciden á atacar.

—Las comunicaciones son seguras?

—Muy seguras.

—Bien, entonces, apruebo con mas razon la segunda idea, porque es preciso que estén ustedes desembarazados de asuntos domésticos, para toda eventualidad. Solo temo el momento del embarque.

—Eso es lo de menos, Doctor; no habrá riesgo. Acabo de mandar llamar un agente mio para remitir con él una carta al comandante de un buque bloqueador, previniéndole, y pidiéndolo una ballenera armada, porque el único peligro seria encontrar alguna de las embarcaciones de la Capitanía que suelen correr la costa.

—Bien pensado.

—Le diré tambien que él mismo determine la noche, y la hora, y la señal con que me avisará desde abordo.

—El embarque será por San Isidro?

—Sí, Señor. Eduardo le habrá dicho á usted todo á ese respecto.

—Sí, yá.

—Y cree usted que Madama Dupasquier resista al viaje?

—Lo que creo es que no resistirá quince dias mas de Buenos Aires. Es una de esas enfermedades que no residen en ningun órgano, que están esparramadas en la misma vida, y que la secan y la estinguen por horas. Es tan profunda la afeccion moral de esa Señora, que ha enfermado ya el corazon y los pulmones, y la consuncion la mata. Pero el aire libre la vá á volver á la vida, con la misma rapidez que la falta de él la está asesinando en Buenos Aires.

—Y ella está bien decidida?—preguntó Eduardo.

—Anoche se convino á todo,—contestó Daniel.

—Y hoy lo desea con ansiedad,—agregó el Doctor Alcorta,—y está conforme en que Daniel se quede. Lo ama á usted ya, amigo mio, como si fuera su hijo

—Lo seré, Señor, y no lo soy mañana, ahora

mismo, porque ella se resiste. Es supersticiosa como toda mujer de corazon, y teme de un enlace contraido en estos tristísimos momentos.

—Sí, sí, es mejor que así sea. ¡Quien sabe cual es la suerte que vamos á correr! Que se salven siquiera las mujeres,—dijo el Doctor Alcorta.

—Menos mi prima, Señor. No hay medio de hacerla decidir.

—Ni Belgrano?

—Nadie, Señor,—contestó este, sobre cuyo corazon habia ido á fondo la interrogacion del Doctor Alcorta.

—Son las dos de la tarde, amigos míos. Van ustedes hoy á San Isidro?

—Sí, Señor, á la noche y regresaremos antes del dia.

—Cuidado, mucho cuidado, por Dios!

—Son ya nuestros últimos viajes, Señor,—dijo Eduardo,—tan pronto como se embarque Mme. Dupasquier quedará vacia la casa de los Olivos.

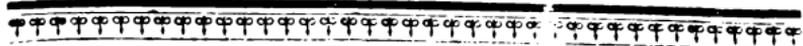
—Hasta mañana, pues.

—Hasta mañana, Señor.

—Hasta mañana, mi querido amigo.

Y los dos jóvenes abrazaron á su antiguo catedrático de filosofía, á quien Daniel acompañó hasta la puerta de la calle.





CAPITULO VI.

El contrabandista de hombres.



PENAS se habia retirado el Doctor Alcorta cuando sintiéronse dos palmadas en el escritorio de Daniel, contiguo al aposento, como se sabe.

—Espera, —dijo Daniel á Eduardo ; y pasó al escritorio, algo sorprendido de aquella llamada

en una pieza donde nadie entraba sin su órden.

—Ah, es usted, mi querido maestro?—dijo el jóven encontrándose con Don Cándido.

—Yo, Daniel, yo soy. Perdóname; pero es que viendo que tardabas, entré á sospechar que te habrias salido por alguna puerta secreta, escusada que me fuese desconocida; y como de algun tiempo á esta parte huyo de la soledad. Porque has de saber, mi estimado Daniel, que la soledad afecta la imaginacion; facultad que segun dicen los filósofos, sirve para el bien, y sirve para el mal; razon por la cual yo prefiero la facultad de recordar, que segun la opinion de Quintiliano.

—Eduardo?

—Qué hay?—contestó este entrando.

—Cómo! ¿Belgrano aquí?

—Sí, Señor, y á quien llamo para que me ayude á oír la disertacion de usted.

—De manera que esta casa es un horno de peligros para mí?

—Cómo así, mi respetable maestro?—le preguntó Eduardo sentándose á su lado.

—Qué es esto, Daniel? Quiero una explicacion franca, terminante, clara,—prosiguió Don Cándido

dirijiéndose á Daniel y separando su silla de la de Eduardo.—Quiero saber una cosa que fije y determine, y establezca mi posicion ; quiero saber qué casa es esta.

—Qué casa es esta ?

—Sí.

—Tóma! Una casa como cualquiera otra, mi querido maestro.

—Eso no es contestarme. Esta casa no es como cualquiera otra. Porque aquí conspiran los unitarios, y conspiran los federales.

—Cómo así, Señor ?

—Hace un cuarto de hora que has recibido en tu casa á una mujer espía de ese fraile endemoniado que ha jurado mi ruina y mi esterminio, y ahora se me aparece en tus habitaciones interiores y recónditas este jóven misterioso que huye de su hogar, y anda de casa en casa con toda la apariencia de un conspirador embosado y sigiloso.

—Acabó usted, mi querido maestro ?

—No, ni quiero acabar sin decirte una, dos y tres veces que en mi posicion oficial tan encumbrada y dedicada, yo no puedo conservar relaciones con una casa á que no se le halla una perfecta

definicion gramatical. Y desde que no sé qué casa es esta, quiero abstenerme de su mancomunidad y trato.

—Señor, usted ha almorzado con el diputado Garcia,—dijo Eduardo.

—No, Señor, no he tenido el honor de almorzar con el Señor Don Baldomero.

—Entonces, con Garrigós.

—Tampoco, ni esto me parece del caso.

—Entonces la inspiracion de ese estupendo discurso es puramente suya.

—Cortemos toda sociabilidad, Señor Belgrano.

—Pero es, Señor Don Cándido,—repuso Daniel,—que usted ha llamado conspirador á mi amigo y esto me parece poco cortés entre cólegas.

—Cólegas! Yo he sido maestro del Señor cuando era niño, inocente, tierno. Pero, despues....

—Despues le ha tenido usted oculto en su casa, mi querido maestro.

—Fué accion sin voluntad.

—Como quiera.

—Pero nunca he sido cólega de usted para nada.

—Pero lo es usted ahora, Señor Don Cándido,—

replicó Daniel.—No es usted secretario del Señor Arana?

—Lo soy.

—Pues bien, el Señor es secretario en comisión del jeneral Lavalle.

—Secretario en comisión del jeneral Lavalle!—esclamó Don Cándido parándose gradualmente y mirando á Eduardo con ojos que querian salirse de las órbitas.

—Pues!—prosiguió Daniel,—y como usted es secretario de Arana, y el Señor secretario de Lavalle, resulta que son ustedes cólegas.

—Secretario de Lavalle! ¡y conversando conmigo!

—Y huesped de usted hace pocos dias.

—Y huesped mio!.....

—Y agradecidísimo por otra parte. Y tanto que mi primera visita será para usted dentro de dos ó tres dias, mi querido cólega.

—Usted en mi casa? No, Señor, ni estoy, ni puedo estar en mi casa para usted.

—Ah, eso es otra cosa. Yo esperaba ir á visitar á mi antiguo maestro con algunos discípulos suyos que vienen en el ejército libertador, y que

podrían servirle de garantía en las muy justas represalias que pensamos tomar con todos los servidores de Rosas y Arana. Pero si usted no quiere, cada uno es dueño de dejarse ahorcar.

—Pero Señor secretario,—repuso Don Cándido que verdaderamente se hallaba en una perplejidad lastimosa,—si yo no hablo en el caso de que estén aquí los bravos é impertérritos defensores de su Excelencia el Señor jeneral Lavalle; sino..... Daniel.....habla por mí, hijo mio.....yo tengo mi cabeza como un horno.

—No hay nada que hablar, Señor,—repuso aquel,—todo lo ha comprendido su cólega de usted. Todos nos entendemos; ó mas bien, todos nos hemos de entender.

—Menos yo, mi querido Daniel; que bajaré al sepulcro sin entender, sin comprender, sin saber lo que he hecho, ni lo que he sido en esta época calamitosa y nefanda.

—Usted es de los nuestros, Señor Don Cándido—repuso Eduardo.

—Yo soy de todos, sí Señor, de todos. Anoche mismo se me caían las lágrimas de los ojos cuando el Señor Don Felipe me dictaba ese tre-

mendo preámbulo que va á dejar á todo el mundo en la miseria.

—Ah, sí, el preámbulo,—dijo Daniel picada su curiosidad, pero sin querer que Don Cándido lo conociera.

—Pues! ya tú has de saber de lo que se trata.

—Como no? desde ayer á la tarde? y no ha acabado todavia el preámbulo el Señor Don Felipe?

—No, hijo mio. Deben ser muchos los considerandos, segun me dijo; pero no me dictó sino el primero; y eso, quedó en limpio despues del décimo ó undécimo borrador que me dictó su Excelencia.

—Santa Bárbara! Casi se podria apostar á que lo sabe usted de memoria con tanto escribirlo.

—Poco mas ó menos. Pero en sustancia, se trata de quitarles á todos los unitarios sus bienes despues que se haya triunfado de su Excelencia el Señor jeneral Lavalle, de quien es digno secretario mi ilustre discípulo. Y por órden de su Excelencia el Señor Restaurador, se ha puesto á trabajar el preámbulo de la ley el Excelentísimo Señor Gobernador Don Felipe Arana, para cuando

llegue aquel caso, que no llegará segun las convicciones profundas que acabo de oir en mi honorable cólega.

Daniel y Eduardo se miraban, se hablaban en las miradas, y la espresion del horror quedó en relieve sobre sus espresivos semblantes.

—Asi és,—prosiguió Don Cándido,—que las lágrimas me corrian de hilo en hilo al considerar tanta familia que va á quedar en la miseria, si por una casualidad, por un evento, por un azar, las armas refuljentes de la libertad, no dan en tierra con estas cosas en que nadie mejor que tú Daniel, sabe, y puede decir que yo no tengo ninguna parte activa, hija de mi voluntad, de.

—Dos golpes á la puerta de la calle cortaron la palabra en los labios de Don Cándido, y mientras los dos secretarios quedaban en el escritorio, Daniel pasó á la sala y abrió él mismo la puerta que daba al patio, para ver quien era, sin poder todavia dominar en su espíritu, ni en su semblante la terrible impresion que acababan de hacerle las palabras de Don Candido. Pues que al traves de sus mal espresadas ideas, ambos jóvenes habian penetrado hasta el pensamiento de Rosas y compren-

dido con horror el fin que se proponía el tirano, elaborando en secreto la medida con que pensaba arrojar á la última desgracia,—al hambre, á todo sus enemigos, si triunfaba.

—Ah! es usted Mr. Douglas?—dijo el jóven á un individuo que ya estaba en el patio.

—Sí, Señor, contestó aquel. Me acaba de hablar Doña Marcelina y.....

—Y le ha dicho á usted que yo lo necesito?

—Sí, Señor.

—Es cierto. Entre usted, Douglas. ¿Salió usted de Montevideo antiyer?

—Sí, Señor. Antenoche.

—Mucho alboroto ¿eh?

—Todo el mundo se está alistando para venirse, y de aquí todos quieren irse,—contestó el ingles haciendo un movimiento con los hombros.

—De manera que se gana plata?

—No mucha. En el mes pasado he hecho siete viajes, y he llevado sesenta y dos personas, á diez onzas cada una.

—Ah, no es poco.

—Bah! Mas vale mi cabeza, Señor Don Daniel.

—Sí, cierto. Pero es mas fácil agarrar al Diabolo que agarrarlo á usted.

El ingles soltó una carjada.

—Mire usted, Señor,—dijo,—tengo muchas ganas de que me sientan, por ver si me asusto. Porque para mí todo esto es una diversion. En España hacia el contrabando de tabaco; y aquí hago el contrabando de hombres.

Y el ingles se reia como un muchacho.

—Pero no pagan mucho,—continuó.—Mas me ha dado usted por los cajones que traje de Montevideo, que lo que otros por salvarles la vida.

—Bien, pues, Mr. Douglas,—dijo Daniel,—necesito nuevamente sus servicios.

—A la órden, Señor Don Daniel; mi ballenera, cuatro hombres que saben hacer fuego y remar, y yo que valgo por los cuatro.

—Gracias.

—Si hay que embarcar á alguno, he descubier-to otro lugar que ni el diablo dá con los que allí se escondan.

—No, no hay que llevar á personas. Primeramente ¿cuando piensa usted volver á Montevideo?

—Pasado mañana, si completo el número.

—Bien. No se irá usted hasta que yo se lo avise.

—Bueno.

—Esta noche me llevará usted una carta á la escuadra bloqueadora.

—Muy bien.

—Me traerá usted la contestacion mañana antes de las diez.

—Y antes tambien, si usted quiere.

—Mañana á la oracion estará usted en su casa para recibir dos pequeños baules que guardará usted en el sótano donde están dos cajones de armas. En esos baules irán alhajas y objetos de Señoras, que usted mismo embarcará y llevará á bordo del buque que yo le designe, cuando me haya traído la contestacion de la carta.

—Todo se hará así.

—Conoce usted bien la costa de los *Olivos*?

—Como esto, — contestó el contrabandista abriendo su grande mano y mostrándosela á Daniel.

—Puede atracar una ballenera con facilidad?

—Segun esté el rio. Pero hay un puertito que llaman el *Sauce*, que, aunque haya poca agua pue-

de entrar una ballenera y esconderse entre las toscas, sin peligro ninguno. Pero ese está mas allá de los *Olivos*, como á una milla.

—Y por los *Olivos*?

—Si el rio está alto. Pero hay un peligro.

—Y cual?

Que las dos falúas de la Capitanía recorren toda esa costa, desde las diez de la noche.

—Las dos juntas?

—No. Jeneralmente se separan.

—Qué tripulacion montan?

—La una ocho, y la otra diez hombres; y andan bien.

—Bueno, Mr. Douglas. Todo eso me era importante saber. Recapitulemos:

Que usted no se irá, hasta que yo se lo avise.

Que irá usted á la escuadra esta noche, y traerá la respuesta de la carta que voy á entregarle, de las ocho á las diez de la mañana.

Que recibirá usted dos baules mañana á la oracion en su casa, y los embarcará y llevará usted mismo á la escuadra cuando yo se lo avise.

Precio convenido el que usted ponga.

—Eso es lo mejor,—respondió el ingles frotán-

dose las manos,—eso es lo mejor. Así hablan los hombres. Ahora no me hace falta sino la carta.

—Va usted á tenerla,—repuso Daniel levantándose y pasando á su escritorio; mientras quedaba calculando el precio que pondria á todas sus comisiones, el contrabandista de tabaco en España y de hombres en Buenos Aires.

Y no era él solo. Muchos eran los que se ocupaban de ese tráfico, desde 1838 hasta 1842 en Buenos Aires. Y en horabuena que ellos obrasen por el interés que les producía su arrojó, no es menos cierto que á ellos se debe la vida de centenares de buenos y patriotas ciudadanos, que sin la proteccion de ese inusitado contrabando habrian caido bajo el plomo ó el puñal de Rosas.

Los mas notables personajes de la emigracion activa fueron salvados de Buenos Aires en las balleneras contrabandistas; y la juventud, casi toda, no salió de otro modo que como salió Paz, Agrelo, Belgrano, &a.; es decir, bajo la proteccion de hombres como Mr. Douglas. Y hay que recordar un hecho bien esplicativo por cierto; y es que, cuando la delacion era tan pródigamente corres-

pondida, y cuando no pasaba un dia sin que las autoridades de Rosas la recibiesen de hijos del pais, en todos esos extranjeros, italianos, ingleses, norte americanos, poseedores del secreto y de la persona de los que emigraban, sin ignorar la alta posicion que muchos de ellos tenian en la sociedad, lo que habria importádoles una altísima recompensa de parte Rosas, no hubo uno solo que vendiese el secreto ó la confianza que se depositaba en él.





CAPITULO VII.

El jefe de ronda.



OS días despues de aquel en que Píldes habia pasado por tanta agitacion de espíritu y de cuerpo, en las calles, y en la casa de su amigo Oreste, es decir, el 5 de Setiembre, Buenos Aires era todo confusion y anarquía en las ideas en los temores, y en las esperanzas; todo

silencio y reconcentracion en los enemigos de la dictadura, mientras los federales se hallaban en una agitacion nerviosa que los ponía en continuo movimiento: era que desde las once se sabia que el Ejército Libertador estaba á una legua de la Capilla de Merlo; y por consiguiente, que al otro dia podia estar sobre Santos Lugares, ó en la ciudad misma.

No se puede decir que la aprocsimacion de los enemigos de Dios y de los hombres, aumentó el personal de las fuerzas amontonadas en la Fortaleza, en el cuartel de Serenos, en el de Ravelo &. Pero sí puede decirse, que los relijiosos y humanitarios partidarios de Rosas se movian cada uno como cuatro, corriendo á galope de un lado al otro de la ciudad, anunciándose recíprocamente la aprocsimacion de Lavalle, y haciendo espléndidos juramentos federales. Y aun cuando la crónica contemporánea no alcanzó á averiguar, hasta qué punto tomaba parte el valor en aquella estrepitosa y movediza decision, y hasta qué punto el miedo, porque todos los extremos se tocan en la naturaleza, y suelen aparecer aparentemente, de causas contrarias, los mismos resultados, lo que hay de

cierto es, que mucho se movian y que gritaban mucho, siendo su punto de reunion jeneral, despues de fatigar sus caballos y sus pulmones, la casa del héroe vivo y la heroína muerta; donde á falta del uno, que se hallaba en Santos Lugares, y de la otra cuyo paradero Dios lo sabe, estaba la que debia pagar por todos: esa pobre hija de Rosas, destinada á presenciar todo lo mas repugnante de un sistema perfecto de relajacion y de sangre, y á rozarse con cuanto habia de repulsivo, de inmoral y de cínico en un sistema de cosas que habia subvertido el órden natural de la sociedad, y alzado el barro de su fondo á la superficie, donde se sostenia en nata el crimen y la degradacion de la especie humana.

Toda la cuadra de la casa de Rosas estaba obstruida por los caballos federales. Y como á ningun federal de esa especie podia faltarle cola, y como un récio viento del S. E. enfilaba la calle, sucedia que las cintas de las colas federales, y las plumas que coronaban sus frentes, ajitadas por el viento, y alumbradas por el sol clarísimo de Setiembre, parecian de lejos, espirales de llamas enrojecidas, saliendo de las puertas del infierno.

El gran corralon, los patios, la *oficina*, toda la casa, á escepcion de las habitaciones del dictador, representaban un verdaro hormiguero.

Todo el mundo federal entraba y salia en aquella casa. ¿A qué? A cualquier cosa. Allí se habia de saber primero que en ninguna otra casa, el triunfo ó la derrota de Lavalle.

Habia, sin embargo, una clase de vivientes, que entraba á casa de Rosas, y buscaba la presencia de Manuela, con un objeto *ex-profeso*, sincero y real;—las negras.

Uno de los fenómenos sociales mas dignos de estudiarse en la época del terror, es el que ofreció la raza africana, conservada apenas en su sangre orijinaria, y modificada notablemente por el idioma, el clima y los hábitos americanos. Raza africana por el color. Plebe de Buenos Aires por todo lo demás.

Desde los primeros dias de nuestra revolucion, la magnífica ley de Libertad de Vientres vino en amparo de aquella parte desgraciada de la humanidad, que habia sido arrastrada tambien al vireynato de Buenos Aires por la codicia y crueldad del hombre europeo.

Fué Buenos Aires la primera que en el continente de Colon cubrió con la mano de la libertad la frente del africano, pues donde estaba el agua del bautismo no queria ver la degradacion de la especie humana. Y la libertad que así la rejeneró y rompió de sus brazos la cadena de siervo, no tuvo, en la época del terror, ni mas acérrimo, ni mas injénuo enemigo que esa raza africana.

Nada seria que hubiese sido partidaria de Rosas; hasta natural seria que hubiese soportado por él todo jénero de privaciones y sacrificios; desde que ninguno como él lisonjeó sus instintos, estimuló sentimientos de vanidad hasta entonces desconocidos para esa clase, que ocupaba por su condicion y por su misma naturaleza, el último escalon de la gradería social.

A las promesas, á las consideraciones, Rosas agregaba los hechos; y las personas de su familia, los principales de su partido, su hija misma, por decirlo todo, se rozaban federalmente, y hasta bailaban con los negros.

↳ Nada seria, pues, en el estudio de esta época curiosa, ver esa parte de la plebe porteña, entusiasta

y fanática por aquel gobierno, que así la protejia y consideraba.

Pero lo que llama, sí, la atencion y concentracion del espíritu, y que deberá preocupar mas tarde á los rejenecedores de esa tierra infeliz, son los instintos perversos que se revelaron en aquella clase de la sociedad, con una rapidéz y una franqueza inauditas.

Los negros, pero con especialidad las mujeres de ese color, fueron los principales órganos de delacion que tuvo Rosas.

El sentimiento de la gratitud apareció seco, sin raices en su corazon.

Allí donde se daba el pan á sus hijos, donde ellas mismas habian recibido su salario, y las prodigalidades de una sociedad cuyas familias pecan por la jenerosidad, por la induljencia, y por la comunidad, puede decirse, con el doméstico, allí llevaban la calumnia, la desgracia y la muerte.

Una carta insignificante, un vestido, una cinta con un estambre azul ó celeste, era ya un arma; y una mala mirada, una pasajera reconvencion de los dueños de casa ó de sus hijos, era lo suficiente para emplear esa arma. La policia, Doña María

Josefa, cualquier juez de paz, ó comisario, ó corifeo de la Mashorca, recibia una delacion, en que figuraban comunicaciones con Lavalle, ó cosas semejantes, que importaban la ruina y el luto de una familia; porque el ser clasificado de unitario en Buenos Aires, importaba estar puesto fuera de toda ley, y bajo el imperio de todo insulto, de toda desgracia, de todo crimen.

El odio á las clases honestas y acomodadas de la sociedad, era sincero y profundo en esa clase de color; sus propensiones á ejecutar el mal, eran á la vez francas é injenuas; y su adhesion á Rosas, leal y robusta.

Desde que el dictador marchó á Santos Lugares, y con él los batallones de negros que habia en la plaza, las negras empezaron tambien, por su cuenta, á marchar al campamento, abandonando el servicio de las familias que quedaron entregadas á su propia asistencia.

Pero antes de salir de la ciudad se presentaban en bandas en casa de Manuela, ó en la de Doña María Josefa Ezcurra, anunciando que iban á pelear tambien por el Restaurador de las Leyes. Y en el dia que describimos, no era pequeño el nú-

mero de ellas que cuajaba los patios y zaguanes de la casa de Rosas, haciendo estrepitosa algazara al despedirse de Manuela y de cuantos allí habia.

Era un dia de jubileo en aquella casa, tan célebre en los fastos de la tiranía.

Doña María Josefa se habia trasportado á ella desde las once; y á los ocho de la noche todavia estaban allí esperando algun otro chasque de Santos Lugares que hiciese saber si Lavalle habia pasado mas acá de la Capilla de Merlo, ó si el ejército federal habia salídole al encuentro y pulverizádolo bajo sus tremendas armas, y á los rayos del *jénio*.

Ya era de noche.

De repente, el eco de un cañonazo lejano vino á herir el espíritu de todos.

Manuela se inmutó visiblemente. No era la causa política, era la vida de su padre lo que inspiró un cúmulo de sentimientos penosos en su corazon.

Por un largo rato la atencion de todos se concentró en el oido; pero en vano.

Manuela buscaba con sus miradas alguien que pudiera decirle la verdad. Pero la jóven conocia

tanto á los que la rodeaban, que no se atrevió á interrogar á ninguno.

De improviso, un movimiento cuya impulsión venia del patio, se comunica hasta la sala, y todos vuelven sus miradas hácia la puerta en donde, al travéz de las nubes densas de humo de cigarro, se pudo distinguir la figura del jefe de policía, y pudo percibirse su voz, que decia á cuantos le preguntaban.

—No es nada, no es nada, es el cañonazo de las ocho, que tiran los franceses.

Manuela alivió con un suspiro á su oprimido corazon, y preguntó impaciente á Victorica, que se acercaba á saludarla:

—Nadie ha venido?

—Nadie, Señorita.

—Por Dios; desde las once no sé una palabra!

—Pero es probable que antes de una hora sepamos algo.

—Antes de una hora?

—Sí.

—Y por qué, Victorica?

—Porque á las seis mandé un comisario de policía con el parte del dia al Señor Gobernador.

—Bien, gracias.

—Estará aquí á las nueve, cuando más.

--Ojalá! ¿Y crée usted, que estén muy cerca ya de Santos Lugares?

--No es probable. Anoche acampó Lavalle en la estancia de Bravo. A las diez y media de la mañana de hoy estaban á tres leguas de Merlo; y á estas horas, se hallarán, cuando más, á una legua de ese punto; es decir á dos leguas de nuestro acampamento.

—Y esta noche?

—Cómo?

—Si no marcharán este noche?—repuso Manuela pendiente de las palabras de Victorica.

—Oh, no!—contestó este,—esta noche no marcharán, ni tal vez mañana, Lavalle trae poca jente, Señorita, y tendrá que prepararla muy bien.

—Y á qué número ascienden las fuerzas de Lavalle? Dígame usted la verdad, yo se lo ruego,—prosiguió Manuela que hablaba casi al oido del jefe de Policía.

—La verdad?

—Sí, sí, la verdad.

—Es que no se puede preguntar asi no mas, por

esa Señora; porque hoy es muy difícil encontrarla. Pero según los datos que me parecen más seguros, Lavalle trae tres mil hombres.

—Tres mil hombres, y me dicen que apenas tiene mil!—esclamó la joven.

—No dije á usted que no se encuentra á la verdad?

—Oh, es terrible!

—La engañan á usted en muchas cosas.

—Ya lo sé. En todo, y todos me engañan.

—Todos?

—Menos usted, Victorica.

—Y para qué engañar ahora?—repuso el jefe de Policía con un brusco movimiento de hombros, que parecia decir: “Estamos jugando el todo, la hora ha llegado, y no tenemos á quien engañar, si no es á nosotros mismos.”

—Y tatita, qué fuerza tiene? La verdad también.

—Oh, eso es fácil! El Señor Gobernador tiene en Santos Lugares, de siete á ocho mil hombres.

—Y aquí?

—Aquí?

—Sí, en la Ciudad, pues?

—Todos y ninguno.

—Cómo?

—Que segun las noticias que nos lleguen del campamento mañana, ó pasado mañana, hemos de tener un mundo de soldados, ó hallaremos que no tenemos ninguno.

—Ah! sí, sí, ya lo sé,—repuso Manuela, con viveza, al comprender lo que le pareció al principio una paradoja de Victorica. Ella sabia mejor que nadie el crédito que debia dar á las palabras de los seres envilecidos que la rodeaban; que solo eran bravos con el puñal, sobre la víctima inerme.

—Y me dará usted las noticias,—prosiguió,—en cuanto las reciba esta noche, si tatita no me escribe?

—No lo sé, Señorita, porque ahora mismo parto para la Boca, y he dado orden para que el comisario vaya en mi busca por ese lado.

—A la Boca! ¿Y no hace usted mas falta en la ciudad?

—Yo creo, Señorita, que no hago falta en ninguna parte,—contestó Victorica, con cierta espression en el rostro, que hubiera parecido una sonri-

sa, y que sin duda quiso serlo, si lo hubieran permitido aquellos músculos duros y ríjidos que no se prestaban á otro movimiento que al de la espresion de las pasiones récias y profundas.

—Qué quiere usted decir, Señor Don Bernardo?—preguntóle Manuela algo séria; porque el carácter de aquella jóven ya empezaba, naturalmente, á resentirse un poco de la réjia autoridad de su padre, y á disgustarse al notar síntomas de desagrado en sus servidores.

—Quiero decir,—contestó Victorica,—y lo mejor es decirlo con franqueza, que antes recibia las órdenes directamente del Señor Gobernador; y despues de algun tiempo las estoy recibiendo de otros, á nombre de Su Excelencia.

—Y cree usted que alguien se atreveria á tomar el nombre de mi padre?

—Lo que creo, Señorita, es que no se puede ir á Santos Lugares y volver, en media hora.

—Y bien?

—Y esta tarde, por ejemplo, recibí, á nombre de Su Excelencia, la orden de vijilar esta noche la costa hasta San Isidro; y un cuarto de hora, ó media hora despues, recibí contra-orden, á nom-

bre tambien del Restaurador, de hacer la ronda por la Boca.

—Ah!

—Y ya usted vé, Manuelita, que alguna de las dos órdenes no es del Señor Gobernador.

—Cierto. Es bien singular!

—Para mí no ha habido épocas buenas ni malas en servicio del jeneral Rosas, ni las habrá nunca. Pero no siento la misma voluntad en servir á otras personas, que obren por intereses particulares, y no de la causa.

—Créame usted, Victorica, que he de hablar á tatita sobre esto la primera vez que me sea posible.

—Esta Señora, me dá mas qué hacer que el Señor Gobernador.

—Esta Señora! ¿Qué Señora?

—No ha comprendido usted que me estoy refiriendo á Doña María Josefa?

—Ah, sí,—y sin embargo, Manuela no habia comprendido tal cosa, porque poca atencion prestaba, en efecto, á todo cuanto no fuera relativo á la situacion que rodeaba á su padre en esos momentos.

—Esa Señora,—prosiguió Victorica,—tiene un

especial interés en que se vijilen las costas para que no se vayan los unitarios; y si por mí fuera los dejaria ir á todos.

—Y yo tambien,—agregó Manuela con prontitud.

—Hoy me mandó órden de hacer espigar de nuevo una casa, donde yo se muy bien que hasta las paredes son unitarias. Pero que sacamos con espigarla? Ni se me dice lo que se debe vijilar, ni qué haré si encuentro tal ó tal cosa.

—Yá.

—En seguida, órden, á nombre de Su Excelencia, de andar tras los pasos de un muchacho alocado.

—Es ocurrencia!

—Un muchacho que anda de aquí para allí como un saltimbanqui, y que, en realidad, no se le conocen mas relaciones, que federales.

—Y quien es, Señor Victorica?

—Una visita de aquí mismo.

—De aquí? ¿Y órden de perseguirlo?

—Sí, Señorita.

—Pero, quien es?

—Bello.

—Bello!—esclamó Manuela que sentia una sincera amistad por el jóven.

—Sí; á nombre del Señor Gobernador,—prosiguió Victorica.

—Oh, no puede ser.

—Sin embargo, así me lo ha dicho personalmente Doña María Josefa.

—Prender á Bello!—repuso Manuela,—vamos, repito que es imposible. Tatita no puede haber dado semejante órden. Bello es un escelente jóven; es un buen federal, y su padre es uno de los amigos mas antiguos del mio.

—No se me ha dicho que lo prenda, sino que lo vijile.

—Es quizá uno de los pocos hombres sinceros que nos rodean,—agregó Manuela.

—A mí no me parece malo. Pero debo decir, que tiene muchos enemigos, ó enemigos muy poderosos.

—Señor Victorica, no dé usted paso alguno contra ese Señor, si no recibe órden espresa de tatita.

—Sí usted lo dispone así.

—Así lo dispongo, no siendo dada la órden por Corvalan.

—Muy bien.

—Yo sé algo de esto, poco mas ó menos. No hagamos que tatita sirva de pantalla.

—Bien, bien,—repuso Victorica contentísimo de haberse vengado de Doña María Joséfa; y cual si quisiese recompensar á Manuela del buen rato que acababa de darle, la ofreció mandarle al comisario en el acto que llegase con las noticias del campamento.

—Pero pido á usted,—agregó,—que, buenas ó malas las noticias que traiga, no pasen de usted, hasta que yo se las repita como es mi obligacion.

—Se lo prometo á usted.

—Entonces, buenas noches, Manuelita.

Y el jefe de Policia volvió á pasar por entre los grupos que poblaban la sala y el patio, sin que nadie se atreviese á detenerlo para pedir noticias, como se hacian todos ricíprocamente.

El asiento que dejó, no quedó vacio ni un minuto, pues un nuevo personaje de la época vino á dar á la jóven anticipadas felicitaciones por el próximo triunfo federal.

Y mientras Manuela suplicaba á su nuevo interlocutor, que saliese á pedir á las negras que no

gritasen tanto en el patio, y las dijese que su padre las recibiría con mucho gusto en el campamento; Doña María Joséfa daba la mano, despidiendo á un personaje de gallarda estatura, como de treinta y ocho ó cuarenta años, de hermosos ojos, moreno, de espeso y negro bigote, y vestido con chaqueta de paño grana, pantalon negro con franja punzó, chaleco y corbata de este último color, y que ostentaba una enorme divisa, y un no menos grande puñal á la cintura.

—Cónque, temprano,—le decia la cuñada de Rosas.

—Sí, Señora, antes de las siete estoy en casa de usted á darle cuenta.

—Pero si antes hay novedad, me manda avisar en el momento?

—Sí, Señora.

—Yo he de estar aquí toda la noche, ó hasta que sepamos de Juan Manuel. Pero, mire, no le dé cuartel á ninguno. Ya sabe que todos los que se fugan se van á Lavalle.

—No hay cuidado,—contestó aquel con una sonrisita que parecia decir: “No necesito de esa recomendacion.”

—Victorica vá á correr la costa desde el Fuerte hasta la Boca,—prosiguió Doña María Joséfa.

—Ya lo sé, Señora; y yo voy á relevar á Cuitiño que está haciendo la ronda desde la Bateria hasta San Isidro.

—Eso es. Hay un raton que ya una vez se escapó de la jáula, pero se me ha puesto que lo hemos de hacer caer tarde ó temprano. Váyase de una vez. Ya sabe que para estas cosas, yo hago las veces de Juan Manuel. Vaya despídase de Manuelita, y hasta mañana.

Y el personaje que iba á relevar á Cuitiño se separó de la hermana política del dictador:—ese individuo era Martin Santa Coloma; uno de los principales corifeos de la Mashorca, cuyas manos quedaron, en 1840, bañadas en la sangre de sus indefensos compatriotas.





CAPITULO VIII.

La ballenera.



A noche, estaba nebulosa pero suave; el rio tranquilo; una brisa fresca pero suave, picaba ligerísimamente las aguas que, en alta marea, cubrian las peñas de las costas y se derramaban sin rumor en las pequeñas encenadas de sus orillas.

Apenas, de vez en cuando se dejaba ver una que otra estrella en el firmamento al través de los pardos celajes, como aparece una que otra esperanza en el cristal empañado de una alma desgraciada.

A las nueve de esa noche una embarcacion habia desprendídose del costado de una de las corbetas bloqueadoras, con un jóven oficial francés, el patron y ocho marineros.

En la primera hora la ballenera corrió al largo con su proa al Oeste cuarta al Norte, con su vela englobada, lijera y graciosa como una creacion de la noche posada en el ála de la brisa, mientras que el jóven oficial, envuelto en su capa, y tendido sobre el banco de popa, con esa indolencia característica del marino, solo bajaba su vista de rato en rato, á ver una pequeña carta abierta á sus pies, y alumbrada por una linterna á cuya luz echaba una mirada de vez en cuando á una rosa náutica que sujetaba el pequeño plano, mostrando luego con la mano, y sin hablar una palabra, la direccion que debia dar á la ballenera el patron que dirigia el timon. Y á la luz tambien de esa linterna colocada en el fondo de la ballenera, se distinguian los

fusiles de los marineros, colocados de babor á estribor.

Como al cabo de una hora el oficial vió su reloj, é hizo en seguida un ecsámen mas detenido, de la aguja, del plano, y de la direccion de la ballenera ; y mandó luego arriar la vela, y seguir á remo en la direccion que indicó, despues de colocar bajo un banco de popa la linterna. La parte superior de los remos estaba envuelta en lona ; y apenas se percibia el débil rumor de la pala en el agua.

Las luces de la ciudad se habian perdido completamente á la vista ; y apenas, hácia la izquierda, se percibia la forma de la costa indefinible y negra, y que aparecia mas y mas elevada, á medida que la ballenera avanzaba con más rapidéz al impulso de los remos, que antes á la fuerza del paño.

Al cabo, el oficial dijo una palabra al timonero, y la ballenera viró un tercio mas hácia la costa ; y, á otra palabra del patron, los marineros empezaron á tocar á penas con la punta del remo la superficie del agua, y la embarcacion perdió mas de la mitad de su marcha.

Entonces el jóven oficial se sentó en el piso

de popa, tomó la linterna, observó con mucha atención la aguja y las indicaciones del plano, y después de un rato levantó su brazo, sin quitar los ojos de la aguja y la carta.

A esta acción los marineros dieron, por una sola vez, una impulsión inversa á los remos, y la ballenera quedó como clavada sobre las aguas en medio del silencio y de las sombras.

Estaban á una cuadra de la costa.

Entonces el oficial pidió dos sombreros á los marineros. Colocó la linterna entre los dos sombreros de hule, uno de cada lado, de manera á que la luz se proyectase en línea recta, sin esparcir claridad en redor suyo; y tomándola de este modo entre sus manos, se paró y la levantó á la altura de su cabeza, con la luz en dirección á la costa.

Permaneció de este modo algunos minutos, mientras que la mirada de todos, buscaba en tierra la correspondencia de aquel telégrafo misterioso. Pero inútilmente.

El jóven meneó la cabeza, y colocando la linterna en su lugar anterior dió orden de seguir.

Cinco minutos después volvió á repetirse la

misma operacion con las mismas precauciones. Pero inútilmente tambien.

El oficial, ya con un poco de mal humor, volvió de nuevo á ecsaminar la direccion que se le habia dado, y confirmado de que estaba en ella, de que estaba en el mismo paraje, al mismo rumbo que se marcaba en el plano, dió orden de marchar un poco mas á tierra para salir de la sombra que formaba la barranca inmediata.

En efecto, á pocos minutos de marcha, la ballenera pasó por frente á un pequeño cabo, y como á dos cuadras de su anterior estacion, volvió á funcionar el telégrafo entre las manos del oficial.

No habria pasado un minuto que aquella luz flotante despedia su rayo sijiloso, en direccion á la tierra únicamente, cuando sobre la barranca inmediata brilló una luz, algo mas viva que la que parecia requerirse por la luz marítima, que se rodeaba de tantas precauciones.

—Allí está,—esclamaron todos los de la ballenera, pero con una voz apenas perceptible de ellos mismos.

La linterna subió y bajó entonces, por dos ve-

ces, en las manos del oficial, y la luz de tierra estinguióse en el acto.

Eran las once de la noche.



II.

Como á las siete de esa misma noche, un carruaje tirado por Fermin, habia parado á la puerta de la casa de Madama Dupasquier; y poco despues subia á él aquella noble Señora, pero subia pálida, macilenta, con la espresion de esas enfermedades, de esas tísis del alma que hacen mayores estragos, y mas pronto, que las mas crueles dolencias de los órganos; y á su lado subia su hija, linda como una promesa de amor, y pura y delicada como un jazmin del aire:—eran dos mujeres del tipo perfecto de 1820, que podemos hacer llegar, si se quiere, hasta 1830. Porque la jeneracion que desenvolvióse durante la revolucion, tanto en hombres como en mujeres, en lo moral como en lo físico,

ha tenido un sello especial que ha desaparecido con la época. Es curiosa, pero sería muy larga esa demostracion. Y solo dirémos que de aquellas mujeres, que hoy se perpetúan en los retratos, ó en las tradiciones, no quedan sino los retratos y las tradiciones.

Inmediatamente el coche habia tomado hácia la plaza, doblando por bajo el arco de la recoba, atravesando la plaza del 25 de Mayo, descendido al Bajo, y tomado á gran trote con direccion al Norte.

Al pasar por el bajo de la Recoleta, ya muy de noche, dos jinetes habian salido al encuentro del carruaje, y luego de reconocerlo siguieron su marcha á pocos pasos de él.

Mas allá de Palermo de San Benito, lugar casi desierto en esa época, y que muy pronto debia convertirse en la espléndida y bulliciosa morada del tirano, se vieron cuatro hombres venir en direccion opuesta.

En el acto los dos jinetes que lo escoltaban prepararon las armas que traían bajo sus ponchos, y se dispusieron á lo que pudiera ocurrir. Pero felizmente no era jente de la Mashorca, y lejos de

detener el carruaje, aquellos cuatro hombres pasaron haciendo grandes cortesias á los que iban dentro y á los que cabalgaban á su lado. Porque uno de los rasgos característicos de la época de Rosas, era el afan de los hombres por saludarse unos á otros, aun cuando en su vida se hubieran visto la cara: orijinalidad que no puede esplicarse de otro modo, que por el miedo que recíprocamente se tenian todos.

De cuando en cuando, y á pesar del aire de la noche, la misma Madama Dupasquier mandaba á su hija que abriese uno de los postigos del coche para ver si venian sus amigos. Y cada vez que la jóven cumplia esta órden, bien poco pesada para ella, como se comprende, unos ojos llenos de amor y vijilancia divisaban su preciosa cabeza, y en el rápido vuelo de un segundo, uno de los jinetes estaba al lado del estribo, y un brevísimo diálogo de las mas tiernas interrogaciones tenia lugar entre la niña y el joven, entre la madre y su hijo, porque el joven bien se entiende, no era otro que Daniel, el prometido esposo de Florencia.

En una de estas idas y venidas, Daniel al llegar á su amigo, acercando mucho su caballo, y

poniéndole la mano en el hombro, le dijo:

—Quieres que te haga una revelacion que á cualquiera otro le daría rubor el hacerla?

—Acaso vas á decirme que estas enamorado? ¡qué diablos! Yo tambien lo estoy y no me avergonzaria de contarlo.

—No, no es eso.

—Véamos, pues.

—Que tengo miedo.

—Miedo!

—Sí, Eduardo, miedo. Pero es en este momento. En esta solitaria travesía. En el paso arriesgado que vamos á dar. Yo que juego mi vida á todas horas; que desde niño, puedo decirlo, he buscado la noche, las aventuras peligrosas, los pasos arriesgados; que he aprendido á domar el potro por el placer de correr un peligro; que he surcado las olas de nuestro rio, mas bravas y poderosas que el Oceano, en un débil bote, sin motivo, sin interés, por solo la satisfaccion de verme frente á frente con la naturaleza, en los momentos de su salvaje jactancia; yo que tengo fuerte el corazon y diestro el brazo, temblaria como una criatura si tuviésemos

en este momento un accidente cualquiera que nos pusiese en peligro.

—Pues es un lindo modo de ser valiente! ¿Para cuando quieres el valor sino para los peligros.

—Sí; pero peligros para mí; pero no para Florencia, no para su madre. No es el miedo de perder mi vida. Es miedo de hacerla derramar una lágrima, de hacerla sufrir los tormentos horribles porque pasaria su corazon, si nos rodease de repente un conflicto. Es miedo de que quedase sola, con su padre ausente, con su madre casi espirando, y sin mi apoyo en esta tormenta de crímenes que se cierne sobre nuestras cabezas. Es ese miedo por la desgracia del ser amado, que solo sienten ciertos corazones, ciertos caracteres en la vida. ¿Me comprendes ahora?

—Sí, y lo peor és que me has inoculado ese miedo en que no habia pensado, á fé mia: miedo de morir, no por morir, sino por los que quedan vivos. ¿No es eso?

—Sí, Eduardo: cuando uno tiene la conciencia de que es amado, cuando uno ama deveras, la vida se reparte, se encarna con otra vida, y al mo-

rir queda un pedazo de uno mismo en la tierra, y esto es lo que se siente.

—Pero en fin, ya estamos cerca, Daniel, dentro de diez minutos estaremos allí. ¡Pobrecita! Tu Florencia siquiera viene con nosotros; pero ella, ella está sola desde ayer. Ah! pensar que pasado mañana, que mañana tal vez puede cesar esta horrible vida que llevamos! Prófugos, párias en nuestro propio país, en nuestra misma casa....! Mira, Daniel, creo que cuando respire el olor á la pólvora, cuando sienta el primer escuadrón de Lavalle, y salgamos los veinte que ya somos, con nuestros fusiles, creo, te digo, que voy á empezar á tirar tiros al aire, por respirar pólvora, si esa canalla de Rosas no quiere que se los tiremos al pecho. ¿Crees que estén aquí pasado mañana?

—Sí,—repuso Daniel,—ese es el órden de las marchas. Puede emprenderse el ataque pasado mañana; y es esa la razon porque he instado tanto por el viaje que se va á efectuar esta noche. Me conozco. No valdria, con Florencia en Buenos Aires, ni la mitad de lo que valdré solo en aquel trance.

—Y esta Amalia, esta Amalia no querer seguir las!—esclamó Eduardo.

—Amalia tiene mas valor que Florencia, y otro carácter tambien. No habria poder humano que la separase de tu destino. Aquí estás tú, y aquí está ella; es tu sombra.

—No, es la luz, es la estrella de mi vida,—repuso Eduardo con un acento de vanidad que parecia decir: “Así es el carácter que quiero en la mujer amada de mi corazon.”

—Ahí está la casa,—dijo Daniel y se adelantó á dar órden á Fermin de poner el carruaje en la parte opuesta del edificio, luego que bajasen las Señoras.

Un minuto despues estaba aquel en la puerta de la *Casa Sola*. Pero ni una luz, ni una voz, y solo el rumor de los árboles cercanos,

Sin embargo, no bien el carruaje y los caballeros pararon á la puerta, cuando esta abrióse, y los ojos de los viajeros, habituados á la oscuridad despues de dos horas, pudieron distinguir las figuras de Amalia y de Luisa paradas en la puerta; mientras que por el postigo de una ventana asomaba la cabeza de Pedro, el viejo veterano, que cus-

todiaba á la hija de su coronel, con la misma vijilancia conque veinte años antes guardaba su puesto y su consigna, en las centinelas avanzadas de los viejos ejércitos de la patria.

Madama Dupasquier bajó casi ecsánime, pues el viaje la habia molestado terriblemente. Pero todo estaba preparado por la prolija y delicada Amalia; y despues de tomar algunos confortativos y reposar un rato, la enferma volvió á hallarse mejor. Ademas, la idea de que pronto iba á dejar de respirar aquel aire que la axficiaba, y salvar á su hija, era el mejor tónico para su debilidad presente.

Segun las instrucciones de Daniel, solo habia luz en el aposento de Amalia, cuya única ventana daba al pequeño patio de la casa. La sala, que servia de aposento á Luisa, y el comedor, cuyas ventanas daban hácia el rio, y sus puertos hácia el camino, estaban completamente oscuras.

Florencia estaba mas pálida que de costumbre; y su corazon latia con esa irregularidad que acompaña á las situaciones inmediatamente precursoras de un desenlace que se anhela y se teme. Un peligro inminente iba á correrse. Pero en el

blando espíritu de la mujer, no cabe el recuerdo de sí misma cuando peligra también la vida de su madre, la vida de su amante.

La jóven sonreía á aquella. Miraba tierna y amorosamente á su Daniel; y en el cristal bellísimo de sus ojos, una humedad celestial se esparramaba.

Daniel salió; habló un buen rato con Fermin, y volvió luego diciendo:

—Van á dar las diez de la noche. Es necesario que vamos á las ventana del comedor, á esperar la señal de la ballenera, que no debe tardar. Pero es preciso que Luisa se quede aquí y que lleve la luz á la sala en el momento en que yo se la pida. ¿Entiendes, Luisa, lo que tienes que hacer?

—Sí, sí, Señor,—contestó la vivísima criatura.

—Vamos, pues, mamá,—dijo Daniel tomando la mano de Madama Dupasquier.—Usted también nos ayudará á observar el río.

—Sí, vamos,—contestó la aristocrática porteña con una sonrisa que mal pegaba con su cadavérico semblante,—y he aquí lo que no se me había ocurrido jamás.

—Qué cosa, mamá?—la preguntó con prontitud Florencia.

—Que yo tuviera que hacerme federal por un momento, empleando mis ojos en espiar entre las sombras. Y sobre todo, no se me habia ocurrido que tuviese alguna vez que embarcarme por estos parajes y á estas horas.

—Pero se desembarcará usted en su coche dentro de ocho dias, Señora.

—Ocho? ¡y qué! ¿costará tanto echar á esta canalla, de Buenos Aires?

—No, Señora,—repuso Eduardo, pero usted no vendrá de Montevideo hasta que váyamos todos á buscarla.

—Y será el mismo dia que no haya Rosas,—agregó Daniel, que fué compensado por una leve presion de la mano de su Florencia, que no se habia desprendido de la suya, desde que salieron del aposento de Amalia, pues que ya estában en el comedor, sin mas luz que la escasísima de la noche que entraba por los vidrios que daban hácia el rio, en cuya direccion estaba fija la mirada de todos.

A medida que pasaban los minutos por la rueda

del tiempo, la conversacion se cortaba y se anudaba con dificultad, porque una misma idea absorvia la atencion de todos:—era ya la hora, y la ballenera no venia. Madama Dupasquier no podia permanecer allí. El conflicto de armas podia tener lugar al otro dia. Y se necesitaban tres por lo menos para combinarse de nuevo con la estacion francesa.

—Tardan,—dijo Amalia, que era quien conservaba mas sereno su espíritu, por que no habia nada que ajitase, ni la felicidad, ni el peligro, ni la muerte, aquella naturaleza dulce, tierna y melancólica.

—El viento quizá,—repuso Daniel buscando un pretesto que algo calmase la inquietud jeneral, y en la que tomaba él la mayor parte.

De repente, Amalia que estaba parada con Eduardo, exclamó:

—Allí está,—estendiendo su mano en direccion al rio.

—Es?—preguntó Florencia levantándose y dirigiéndose á Daniel.

El joven abrió entonces la ventana, calculó la distancia de la casa á la orilla del agua, que se de-

jaba conocer por el rumor de la ola, y conociendo que la luz estaba en el agua, cerró la ventana y gritó :

—Luisa ?

El corazon de todos latia con violencia.

Luisa que habia estado con su manecita en el candelero desde que recibió la orden, llegó con la luz antes que el éco de su nombre se estinguiese en el aposento.

Daniel puso la luz contra el vidrio, y despues de haber percibido el movimiento convenido en la luz marítima, cerró los postigos y dijo :

—Vamos.

Florencia estaba trémula, y pálida como el marfil. Madama Dupasquier, tranquila y serena.

Al salir fuera de la casa, Daniel las hizo parar un momento.

—Qué se espera?—preguntó Eduardo que daba el brazo á Florencia, mientras Madama Dupasquier se apoyaba en el de Daniel.

—Esto,—dijo Daniel señalando un bulto que se veía subir por la barranca.

Daniel dejó el brazo de Madama Dupasquier y se adelantó.

—Hay alguien, Fermin?

—Nadie, Señor.

—En qué distancia?

—Como á cuatro cuadras de un lado á otro.

—Se ve de tierra la ballenera?

—Ahora, Señor, porque acaba de atracar á las toscas, el rio está muy crecido, y se puede subir sin mojarse.

—Bien, pues. ¿Recuerdas todo?

—Sí, Señor.

—Mi caballo desde ahora mismo, en la peña blanca, como á tres cuartos de legua de aquí. Bastante adentro del agua, para quedar cubiertos por la peña grande. Allí he de desembarcar dentro de dos horas. Pero por toda precaucion, monta á caballo ya y vete á esperarme.

—Bien, Señor.

La comitiva ya estaba impaciente é intrigada por la demora de Daniel. Pero este los tranquilizó luego, y descendieron la barranca.

El aire de la noche parecia vigorizar á la enferma, pues que caminaba con una notable serenidad, apoyada en el brazo de su futuro hijo.

Adelante de ellos iba Florencia con Eduardo.

Y abriendo la marcha de la comitiva iba Amalia con la pequeña Luisa de la mano.

Por dos veces la habia rogado Eduardo que tomase su otro brazo. Pero ella queriendo dar valor á todos, contestaba que no; que era la Señora feudal de aquellos parajes, y debia siempre marchar adelante de todos.

Cubierta su espléndida cabeza con un pequeño pañuelo de seda negro cuyas puntas estaban prendidas bajo la barba, solo se distinguia el perfil de su hechicero rostro, y sus ojos en los que no faltaba una luz, ni entre las densas sombras de la noche.

En pocos minutos llegaron á la orilla del rio donde la ballenera estaba atracada y contenida por dos robustos marineros que habian saltado á tierra con ese objeto.

La embarcacion habia dado por casualidad con una pequeña ábra del rio.

Al acercarse las Señoras, el oficial frances salto á tierra con toda la galanteria de su nacion, para ayudarlas á embarcarse.

Habia un no sé qué de solemnidad relijiosa en

ese momento, en medio de las sombras de la noche, y en esas costas desiertas y solitarias.

Madama Dupasquier se despidió con estas solas palabras :

—Hasta muy pronto, Amalia.

Un unitario jamás se atrevía á decir, ni aun á creer, que Rosas se conservase ocho dias mas.

Pero Florencia, organizacion en que pocas veces habia el consuelo de las lágrimas, sintió rotas al fin las fuentes de su corazon, y bañó con ellas los hombros y el semblante de su amiga.

Amalia lloraba dentro su alma, mientras que las imájenes mas tristes y fatídicas cruzaban por su rica y desgraciada imaginacion.

—Vamos,—dijo al fin Daniel, y tomando á su Florencia de la mano la separó de Luisa que lloraba tambien, y alzándola por su cintura de sílfide, la puso de un salto en la ballenera, donde ya estaba Madama Dupasquier al lado del oficial.

Todavía un ¡adios! se cambió Florencia con Amalia y Eduardo; y á una voz del oficial, la ballenera se desprendió de tierra, viró luego hácia el Sud, y enfiló la costa, con su vela tyriana desplegada, y sin las precauciones con que se habia

accrcado un cuarto de hora antes. Seguia la costa con la intencion de tomar mas abajo un cuarto mas de viento en su bordada al Este.

Amalia, Eduardo y Luisa la siguieron con sus ojos hasta que se perdió entre las sombras.

Entonces posó Amalia su brazo en el hombro del bien querido de su alma, y alzó sus lindos y tranquilos ojos, á contemplar los fragmentos de nubes que volaban entre las alas de la brisa, y que dejaban de vez en vez aparecer los astros, mientras que Eduardo la contemplaba embelezado, rodeando con su brazo derecho su cintura.

Ocho minutos habrian pasado apenas, cuando una súbita claridad y la detonacion de una descarga de mosqueteria, en la costa, y hácia el lado en que navegaba la ballenera, vino á herir de súbito, y como un golpe eléctrico, el corazon de Amalia, de Eduardo y de la tierna Luisa.





CAPITULO IX.

La ronda federal.



ODAVIA Eduardo tenia vuelta su gallarda cabeza hácia la direccion de la descarga, y las manos llevadas instintivamente á los bolsillos donde tenia sus pistolas, cuando la voz de Amalia interrumpió el silencio de aquel lúgubre recinto, exclamando :

—Sube, sube, por Dios!—oprimiendo el brazo de su amado y queriendo arrastrarlo con sus débiles manos.

Eduardo comprendiéndolo todo, y el peligro de que permaneciese Amalia un minuto mas en aquel lugar, la tomó por la cintura con su robusto brazo, diciéndola:

—Sí, pronto, no hay que perder un momento,—mientras que Luisa, prendida del vestido de su Señora, queria darla apoyo tambien para subir lijero.

Apenas habrian caminado dos minutos cuando una segunda descarga los paró maquinalmente á todos, haciéndoles volver la vista á la direccion que traía el sonido, y entonces percibieron claro, aunque á larga distancia, una súbita claridad en el rio, y el sonido de otra descarga.

—Dios mio!—esclamó Amalia.

—No, esa última es de la ballenera, que les contesta, repuso Eduardo, dejando ver sus dientes de alabastro en una sonrisa, mezcla de contentamiento y de rabia.

—Pero las habrán herido, Eduardo?

—No, no; es muy difícil; sube, hay otro peligro que evitar.

—Otro?

—Sube, sube.

A pocos pasos estaban ya en la casa cuando se encontraron con Pedro, que venia atacando otra bala en su tercerola, y con su sable debajo del brazo.

—Ah, ya están aquí,—dijo al verlos.

—Pedro.

—Señora, yo soy. Pero estas no son horas para que ande usted por estos lugares.—Es esta la primera vez quizá que el buen viejo dirijia una reconvencion á la hija de su coronel.

—Pedro, ha oido usted?—le preguntó Eduardo.

—Sí, Señor, todo lo he oido. Pero estas no son horas de que la Señora.

—Bien, bien, ya no lo haré mas, Pedro,—dijo Amalia que comprendia todo el interes que sentia por ella aquel fiel servidor de su familia.

—Quería preguntar á usted, Pedro,—prosiguió Eduardo, entrando ya en la casa,—si ha podido distinguir de qué armas son los primeros y los segundos tiros?

—Bah!—esclamó el veterano cerrando la puerta y sonriéndose.

—Veamos, pues?

—La primera y la segunda descarga, ha sido de tercerola; y la última de fusil.

—Esa es mi misma idea.

—A cualquiera que tenga oídos se le ocurre lo mismo,—repuso Pedro que parecía estar de malísimo humor con todos, por el peligro que acababa de correr su Señora, y, como para evitar mas preguntas, se fué á encender luz en el aposento en que dormían Eduardo y Daniel cuando se quedaban en la *Casa Sola*, y que se hallaba en el otro extremo de las tres habitaciones de Amalia.

Cuando esta entró á la sala, y se quitó de la cabeza el pañuelo de seda que la cubría, Eduardo no pudo menos que sorprenderse al mirar la excesiva palidéz de su semblante.

La jóven se sentó en una silla, afirmó el codo en una mesa y posó su frente sobre su blanca y delicada mano, mientras Eduardo había pasado al comedor, á oscuras, y abriendo la ventana, ponía toda su alma en el oído, porque la densidad

de las sombras era cada vez mayor y no se podía distinguir cosa alguna.

Nada se oía.

No parecía que la vida acabase de enviar tanta muerte un momento antes.

Cuando volvió á la sala todavía permanecía Amalia en la misma actitud.

—Basta, mi Amalia, basta; ya ha pasado todo, y Daniel irá riéndose en este momento,—la dijo sentándose á su lado, y arreglando unas hébras de los lácios cabellos de su amada, que se habian descompuesto con la presión de la mano.

—Pero tanta bala! Es imposible que no hayan herido á alguno.

—Por el contrario; lo que es imposible es que haya llegado una bala de tercerola, ni á cincuenta varas de la ballenera. Han visto su sombra en el agua y han tirado al acaso.

—Pero toda la costa está vijilada? y Daniel? ¡como desembarca Daniel! Dios mio!

—Bajará á la madrugada, en que se retiran las patrullas.

—Y Fermin le ha llevado el caballo?

—Sí, Señora,—respondió Luisa que entraba con una taza de té para Amalia.

En ese momento Eduardo volvió á levantarse y pasar al comedor para escuchar de nuevo por la ventana. Una idea hacia rato que estaba cruzando por su cabeza, y que era lo único que lo inquietaba.

Apenas haria tres minutos que estaba recostado contra la reja, cuando creyó percibir cierto ruido por el Bajo.

Un momento despues, ese ruido era bien perceptible, y no podia dudarse que lo orijinaba la marcha de muchos caballos.

De repente el rumor de la marcha de la cabalgata cesó, pero pudo distinguirse el éco confuso de algunas voces al pié de la barranca. En seguida volvió á sentirse la marcha de los caballos.

—No hay duda,—se dijo Eduardo,—esta es la patrulla que ha hecho fuego. Se ha parado al pié de la barranca, y probablemente han hablado de esta casa. No hay duda; van á dar la vuelta para venir por el camino de arriba. ¡Fatalidad, fatalidad!—y el jóven se mordió los labios hasta sacarse sangre.

Al entrar á la sala, Amalia, que leía tan bien en el semblante de su amado, comprendió que alguna emocion profunda lo ajitaba, y ella misma le abrió el camino diciéndole, en el estilo que usaba con él, y el único que le consentia, cuando no estaban en ciertos momentos en que la poesía del amor les inspiraba un tratamiento mas dulce y mas íntimo:

—Hable usted, Eduardo; yo siempre tengo en mi álma la resignacion, esperando á la desgracia.

—No; desgracia no,—repuso aquel como avergonzado de que su amada hubiera apercebido en su semblante alguna espresion pasajera de temor.

—Y qué es, pues?

—Quizá.....Quizá nada.....una tontería mia,—dijo el jóven, sonriendo, sacudiendo su cabeza y tomando el té que habia dejado Amalia en su taza.

—No, no, algo hay y yo quiero saberlo.

—Pues bien; lo que hay és, que acaba de pasar una patrulla por bajo la barranca, y que será probablemente la misma que ha hecho fuego sobre la ballenera. He ahí todo.

—Todo? bien; ya verá usted si he compren-

dido lo que usted ha callado. Luisa, llama á Pedro,

—Y para qué?—preguntó Eduardo.

—Va usted á oirlo.

El veterano apareció.

—Pedro,—le dijo Amalia,—es posible que intenten asaltarnos esta noche, querer registrar la casa, ó alguna cosa así, cierre usted bien las puertas y prepare sus armas.

Eduardo quedó atónito de aquel valor y serenidad de su amada, admirándola en el santuario de su alma, conociendo que no era el valor de la organizacion, sino el valor del amor, elevado al grado de sacrificio. Porque en aquellos momentos una resistencia armada, una resistencia cualquiera á la voz de los agentes de Rosas, era una sentencia infalible de muerte, ó de desgracias de todo jénero, y Amalia se lanzaba á afrontarlas, tentando salvar al bien amado de su corazon.

—Ya está todo hecho, Señora; tengo veinte tiros y mi sable,—respondió Pedro.

--Y yo cuatro y el mio,—dijo Eduardo parándose súbitamente; pero mas súbito todavia y como si hubiesen cambiado un hombre por otro, volvió á sentarse y dijo:

—No, aquí no correrá sangre.

—Cómo?

—Digo, Amalia, que en último caso no merece mi vida el que usted presencie una escena como la que hemos querido preparar imprudentemente, y que no daría, por último, sino la pérdida de todos.

—Pedro, haga usted lo que se le ha mandado,—repuso Amalia.

—Amalia!—esclamó Eduardo, tomándole la mano.

—Eduardo,—replicó la jóven,—yo no tengo nada en mi vida que no esté en la vida del ser que amo, y cuando el destino de él fuese de prisa á la desgracia, yo precipitaria el mio para que fuésemos juntos.

La jóven no habia acabado estas palabras melancólicas, espresion de su triste y enamorado corazon, cuando el galope de muchos caballos se sintió por el camino de arriba.

Eduardo se levantó sereno, pasó al pátio donde se paseaba Pedro, y entró á su aposento. Se quitó tranquilamente el pequeño poncho que lo cubria aun; sacó sus pistolas de dos tiros que tenia en

los bolsillos de sus pantalones, ecsaminó las cebas, y tomando luego su espada salió al pátio y colocóla desnuda en un rincon.

En ese momento Amalia llegaba tambien al pátio con la inocente Luisa pegada á su vestido, que por segunda vez la repetia :

—Señora, quiere usted que rece ?

—Sí, hija mia, anda á la sala y reza.

La noche habia cubiértose con todo su ropaje de sombras, y la tormenta se cernia sobre la tierra.

No bien habia cambiado Amalia algunas palabras con Eduardo y Pedro, cuando sintióse el rumor de voces cerca de la puerta, y luego los sables y las espuelas de algunos que se desmontaban ; y entonces pasaron á la sala, cuya puerta daba al pequeño zaguan.

Al entrar, un espectáculo tierno y sublime les detuvo á la puerta : la vista de Luisa, hincada, con sus manecitas juntas en actitud de súplica, rezando delante al crucifijo de Amalia.

Parecía que se esperaba la última palabra de esa oracion de la inocencia elevada á Dios, en medio de la noche y los peligros, para comenzar

la primera escena de aquel drama que presajaba un terrible desenlace; pues que en el acto de levantarse la niña, y de entrar los que la observaban, una docena de recios golpes fueron dados en la puerta de la calle.

Nuestro plan está ya concebido con Pedro,—dijo Eduardo dirigiéndose á Amalia,—no abriremos, ni responderemos. Si se cansan y se van, tanto mejor. Si intentan echar la puerta abajo, tendrán que trabajar mucho, pues es gruesa y bien sostenida; y si lo logran, cuando los recibamos estarán fatigados.

Los golpes se repitieron en la puerta, y en seguida empezaron á darlos en las ventanas de la sala y del comedor.

—Échenla abajo,—dijo una voz ronca y fuerte que habia sobresalido varias veces entre aquellas que acompañaban con un coro de palabras obscenas, los golpes que daban en vano sobre la puerta y las ventanas.

Pedro se sonrió, recostándose tranquilamente en la puerta de la sala.

—No se puede,—dijeron muchas voces á la vez, despues de haberse hecho grandes esfuerzos,

que se conocia por el crujimiento de los tablones que descansaban sobre dos guesas trancas.

—Tiren sobre la cerradura,—dijo la misma voz que se hacia notable entre todas.

Pedro se sonrió, dió vuelta la cabeza y miró á Eduardo, parado con Amalia de la mano en el medio de la sala

En aquel momento cuatro tiros de tercerola se dispararon en la parte exterior, y la cerradura vino á caer á los pies de Pedro, que con una serenidad admirable, dióse vuelta, acercóse á Amalia y la dijo:

—Estos pícaros pueden tirar por las ventanas, y usted no está bien aquí.

—Es cierto,—repuso Eduardo,—al aposento con Luisa.

—No ; yo estaré donde estén ustedes.

—Niña, si usted no entra, yo la cargo y la encierro,—replicó Pedro con una voz tan tranquila pero tan resuelta, que Amalia, aunque sorprendida, no se atrevió á replicarle y entró con Luisa al aposento. Mientras Pedro y Eduardo fueron á colocarse entre las dos ventanas, quedando cubiertos por la pared.

Estas precauciones no fueron inútiles, pues apenas habian ocupado aquel lugar, cuando los vidrios saltaron en mil pedazos y algunas balas atravesaron la sala.

Pero afuera tambien tomaban sus medidas. Conocian bien que habia jente en la casa, pues que la puerta estaba cerrada por dentro, y se veía luz por los agujeros que habian hecho las balas. Y esta resistencia á abrir los ecsasperaba mas, á ellos que traían sable y tercerola, y que por consiguiente eran ajentes de la autoridad todo-poderosa del Restaurador.

De repente, un golpe tremendo, un empuje casi irresistible hizo rechinar los goznes y crujir los marcos de la puerta que parecia prõnta á saltar toda entera, pues hasta las paredes se conmovieron cual si las sacudiese un terremoto.

—Ah, ya sé; y para esto no hay remedio!—dijo Pedro saliendo del lugar en que estaba, amartillando su tercerola y dirijiéndose al zaguan; mientras que Eduardo, preparando tambien sus pistolas, iba á su lado con los ojos chispeantes, la boca entreabierta, y apretando convulsivamente sus armas.

Amalia que sintió y vió todo esto, ocurrido en menos de un segundo, iba á precipitarse del aposento, cuando Luisa se echó á sus pies y le abrazó las rodillas.

Un segundo golpe sin vibracion, pero pujante, á plomo, hizo estremecer de nuevo toda la casa, y multitud de cascotes saltaron de los marcos de la puerta.

—No resiste otro,—dijo Pedro.

—Y con qué demonios dan?—preguntó Eduardo trémulo de rábida y deseando que cayese la puerta de una vez.

—Con el anca de dos ó tres caballos á un mismo tiempo,—contestó Pedro,—así echamos abajo la puerta de un cuartel en el Perú.

En ese momento, porque toda esta escena era rápida como el pensamiento, Luisa, abrazada de las rodillas de Amalia, sin dejarla salir, la decia llorando:

—Señora, la vírjen me ha hecho recordar una cosa; la carta; yo sé donde está, con ella nos salvamos, Señora.

—Qué carta, Luisa?

—Aquella que.....

—Ah, sí, ¡Providencia divina! es el único medio de salvarlo. Traela, traela.

Y Luisa voló, sacó de una cajita una carta y se la dió.

Amalia entonces pasó corriendo á la puerta de la sala y dijo á Eduardo y Pedro que estaban en el zaguan esperando por momentos ver caer la de la calle :

—No se muevan, por Dios; oigan todo pero no hablen ni entren á la sala,—y sin esperar respuesta, corrió las hojas de la puerta, y volando á una de las ventanas, tiró los pasadores y abrió.

A este ruido, dejaron la puerta y se precipitaron á la ventana diez ó doce de los que estaban desmontados; y por instinto—por instinto federal—abocaron sus tercerolas á las rejas.

Amalia no retrocedió, no se inmutó siquiera, y con una voz entera y digna, se dirigió á ellos:

—Por qué se asalta de este modo la casa de una mujer, Señores? Aquí no hay hombres, ni riquezas.

—Eh, que no somos ladrones!—contestó uno que se abrió camino por medio de los demas, hasta llegar á la ventana.

—Pues si es esta una patrulla militar, no debia tratar de echar abajo las puertas de *esta casa*.

—Y de quien es *esta casa*?—preguntó aquel que se habia acercado, parodiando la acentuacion con que habia marcado Amalia aquellas dos palabras.

—Lea usted y lo sabrá. Luisa! alcanza la luz.

El tono de Amalia, su juventud, su belleza, y el misterio de esa especie de seguridad y de amenaza que envolvía en sus últimas palabras, acompañada del papel que entregaba, en aquella época en que todos temían caer, por equivocacion, ó por cualquier cosa, en el enojo de Rosas, llevó sin esfuerzo la perplejidad á toda aquella jente, en cuyas cabezas no habia entrado la sospecha de que en esa casa, por tantos años desierta, hubiese una mujer como la que veían.

--Pero, Señora, abra usted,—le dijo entrecortado el personaje que recibió la carta, y que no era otro en cuerpo y alma que Martin Santa-Coloma, al frente de su partida.

—Lea usted primero y despues abriré si todavia lo quiere,—repuso Amalia dando mayor fir-

meza y aire de reproche á la entonacion de su voz; al mismo tiempo que Luisa, fingiendo valor como su Señora, acercaba la luz á la reja, entre una bomba de cristal.

Santa-Coloma desdobló la carta sin quitar sus ojos de aquella mujer que á la luz del fanal, le hería la imaginacion, como algo de encantamiento en aquel lúgubre y solitario lugar. Miró luego la firma de la carta, y la sorpresa se pintó en su rostro, que no dejaba de ser varonil é interesante.

—Tenga usted la bondad de leer fuerte para que todos oigan,—dijo Amalia.

—Señora, yo soy el jefe de esta partida, y conque yo lea es bastante,—contestó aquel y se impuso del contenido de esta carta, que el lector debe conocer tambien, y que decia:

“Señora Doña Amalia Saenz de Olabarrieta.

“Mi distinguida compatriota: He sabido con mucho disgusto que se han atrevido á incomodar á usted en su soledad, sin motivos, y sin orden de

tatita, lo que es un grande abuso que él reprenderia si lo supiese. La vida que usted lleva no puede inspirar sospechas á nadie, sino á los que toman el nombre del Gobierno para sus fines particulares: usted está en el número de las personas que mas distingo, y le ruego, como una amiga, que me comuniqué al momento, si otra vez fuese usted molestada; porque si es sin orden de tatita, como no lo dudo, yo se lo avisaré á él en el acto, para que no se abuse de su nombre otra vez.

“Crea usted que será un momento muy feliz para mí, aquel en que pueda serle útil su obsecuente servidora y amiga.

Manuela Rosas.

Agosto 23 de 1840.

—Señora,—dijo Santa-Coloma quitándose su sombrero,—yo no he tenido la intencion de hacer á usted ningun mal, ni sabia quien vivia aquí. He creido que podrian haber salido de esta casa algunos de los que se han embarcado hace poco

por esta costa, pues acabo de batirme con una ballenera enemiga muy cerca de aquí, y como no hay mas casa que esta.....

—Vino usted á echarme las puertas abajo ¿no es eso?—le interrumpió Amalia, para acabar de dominar el espíritu de Santa-Coloma.

—Señora, como no me abrian, y veía luz..... pero, dispéñseme usted. Yo ignoraba que aquí viviera una amiga de Doña Manuelita.

—Está bien ¿quiere usted entrar ahora y registrar la casa?—y Amalia hizo un movimiento como para salir á abrir.

—No, Señora, no. Solo le pido á usted el favor de permitirme que vengan mañana á componer la puerta que quizá se ha estropeado.

—Mil gracias, Señor. Mañana pienso irme á mi casa del pueblo, y esto no es nada.

—Yo mismo,—prosiguió Santa-Coloma,—voy á pedirle disculpas á Doña Manuelita. Creame usted que ha sido sin intencion.

—Todo le creo á usted, y no hay necesidad de disculpas; porque por mi boca nadie sabrá lo que ha ocurrido, usted se ha equivocado y eso es todo lo que hay,—repuso Amalia endulzando su

voz todo cuanto le era posible en su situación.

—Señores, á caballo; esta es una casa federal,—gritó Santa-Coloma á los suyos.—Vuelvo á pedir á usted perdon,—continuó volviéndose á Amalia.—Buenas noches, Señora.

—No quiere usted descansar ni un momento?

—No, Señora, mil gracias; usted es la que debe descansar del mal rato que la he dado.

Y retirándose Santa-Coloma, todavía no se ponía el sombrero.

—Buenas noches,—dijo Amalia y cerró su ventana.

Un minuto despues estaba desmayada sobre el sofá.

FIN DEL TOMO SÉTIMO.



ÍNDICE

DEL

TOMO SETIMO.



PARTE QUINTA.

CAPÍTULO I.	Setiembre.....	PAG. 5
“	II. Santos Lugares.....	17
“	III. Un vaso de sangre.....	35
“	IV. Donde aparece, como aparece siempre, nuestro Don Cán- dido Rodriguez.....	71
“	V. Píldes enojado.....	93
“	VI. El contrabandista de hombres	113
“	VII. El jefe de ronda.....	127
“	VIII. La ballenera.....	147
“	IX. La ronda federal.....	169



